



Para Alba, compañera de ala y arado.

JAUJA: Ciudad deliciosa, cuyos habitantes disfrutan de todos los placeres de la más regalada vida y que pudieran ocurrirse a la más caprichosa imaginación. Todas las mujeres son más lindas que las soñadas huríes del Corán, no conocen la esquivez, y de los hombres pueden formarse una idea por las imágenes que los artistas hacen del arcángel Rafael. No hay tuyo ni mío, porque

todos poseen cuanto fuera de desear. Las casas están construidas de una sola pieza, de una cristalización más preciosa que la roca, hechas por manos de ángeles, para que los hombres no tengan que ocuparse de este engorroso trabajo: las rejas y balcones son de oro cincelado; las puertas y ventanas de plata afiligranada, las calles de finísima porcelana, con aceras de pulido nácar; cada guardacantón es un brillante de diez o doce quilates; al fin de cada calle hay cuatro fuentes, una de leche y las otras tres de los más exquisitos licores; las emanaciones de la atmósfera corresponden a la riqueza del país; a ciertas horas del día se retiran los habitantes a sus casas y principian a llover merengues, bizcochos borrachos, leche merengada, sorbetes de toda clase, quesitos helados, etc. Los animales nacen ya condimentados, de manera que las perdices salen ya del huevo estofadas, asados los capones, mechada la ternera, las trufas fritas, las lampreas guisadas. Los trajes del más exquisito gusto y al mismo tiempo transparentes, con especialidad los de las mujeres y fabricados por los náyades de un río de néctar, que baña los muros de la ciudad. La principal ocupación de aquellos felices moradores es divertirse y el delito mayor que pueden cometer es trabajar, delito que se castiga condenando al reo a vivir quince días entre unas jóvenes que muy presto lo curan de su manía. No Hay allí empleados ni contribuciones, ni reyes ni roques; todos son iguales y no hay más leyes que los goces. No hay chiquillos que lloren, ni viejos que regañen. Todos nacen ya adultos de dieciséis años, conservándose eternamente en esta edad, sin que ninguno se muera, prescindiendo de alguno que otro que por capricho quiera dejar de existir, en cuyo caso se muere de risa. Esta dichosísima mansión está situada a los 16.000 grados de latitud norte y sur y a los 99.000 de longitud de meridiano del sol, en una isla tapizada de terciopelo verde bordado de plata, con varios agujeritos por donde salen árboles simétricos y vistosamente colocados, que producen dulcísimos y aromáticos frutos que la embellecen y perfuman. (Diccionario de la Lengua Española, por Joaquín Domínguez).

JAUJA: *Nombre con que se denota todo lo que quiere presentarse como tipo de prosperidad y abundancia. (Diccionario de la Academia Española).*

JAUJA

PEDIR TRABAJO

LA BOTELLA DE LECHE

EL MAS GRANDE DE LA CLASE

EL REGLAZO

LOS CINCO MUCHACHOS

EL HUEVO EN LA SOPA

EL CUADERNO MANCHADO

EL AMIGO

JAUJA

Casi de súbito, una nube muy negra se apoderó del cielo azul, y comenzó a llover. Una cortina de agua tan densa que no se veía a los diez pasos. Metí mi ropa en la carpa de unos excursionistas, mis amigos ocasionales, y en traje de baño, guarecíme bajo un sauce.

Pronto se me agregó un compañero, también corrido por la lluvia. Tenía sus ropas empapadas. Era un muchacho moreno y delgado. Le calculé doce años apenas; pero habló con voz hombruna, mientras escurría su gorra:

- ¡Lluvia perra! Usted tuvo suerte, lo cazó en traje de baño; a mí me cazó cuando iba a meterme al río. Tuve que vestirme de nuevo. Mire como me ha puesto. ¡Perra!

Miró hacia arriba. En aquel instante, un relámpago desnudó el cielo. Después un rayo catastrófico. El chico rió y, bromeando:

- ¡Eh, Tatadiós, no te enojés porque llamo perra a tu lluvia! ¡Que tiene mal genio Tatadiós!

Sonreí. Y él, aunque yo no había dicho palabra, como animado por mi sonrisa, entró conmigo en franca conversación; se veía que le gustaba charlar:

- Yo lo he visto a usted otra vez por acá.

- Es cierto. Yo también te he visto.

- ¿Sabe nadar?

- Sí.
- Yo también, yo aprendí en España.
- ¿Sos español?
- No, argentino. ¿No me ve la cara de indio? Pero he andado mucho...¡Oh!...

Hizo un ademán amplio como si con él abarcara al mundo entero.

- Sin embargo – dije -, no has tenido tiempo de andar tanto. ¿Qué edad tenés?
- ¿Qué edad me calcula?
- Doce años.

Mi respuesta lo disgustó, evidentemente. Y dijo:

- ¡Le erró fiero! Tengo quince años cumplidos. No lo demuestro. Eso quiere decir que voy a vivir mucho.
- ¿Querés vivir mucho? – le pregunté, por seguir la conversación, ya que me era simpático - ¿Para qué querés vivir mucho?
- ¡Para ver mucho, pues! – respondió rápidamente.

Hallé justa su respuesta y se lo reconocí.

- Tenés razón.
- Yo siempre tengo razón – respondió.

Lo miré inquisitivo. Reía burlescamente. Pensé para mí: ¡Buen caradura has de servos!

- ¿Qué dice? – me preguntó.
- Nada.
- ¿Qué piensa?
- Pensaba que has de ser un gran caradura.

- Ya me parecía que pensaba eso – dijo, y agregó, filosóficamente -: La vida me ha hecho caradura.

Lo miré irónicamente, sonriendo. Me causaba gracia ver aquel chico que no me llegaba al hombro, expresarse igual que lo hubiese hecho un hombre con canas. El, perspicaz como era, adivinando otra vez mi pensamiento, exclamó:

- ¡Viera usted lo que yo he andado y pasado!

Calló, sus vivos ojos negros se habían hecho ensoñativos. Las imágenes de lo andado y pasado quizás se desarrollaban ante ellos.

Le dije:

- ¿Por qué no te sacás esa ropa mojada? Te va a hacer mal.
- ¿A mí? ¡No! ¡A mí no me hace mal nada! – y recalcó la afirmación con una mueca, despreciativamente. Sin embargo, empezó a desnudarse.

Su hombría era jactanciosa y desenfadada; pero llena de ese

magnetismo que constituye la simpatía entre los hombres. La lluvia se espesaba cada vez más, había conversación para rato. Pensé preguntarle algo, cualquier cosa, con el fin de que hablara. No me dio tiempo, porque él comenzó a hacerlo, y de sí mismo.

- ¿No me cree que he andado mucho?

- ¿Y por qué no voy a creerte?

- Algunos no me creen cuando les cuento algunas de las cosas que me han pasado. ¡Pero qué hacerle! ¡Soy un yeta! Estoy solo en el mundo. Mi padre y dos hermanitos se murieron quince días antes de nacer yo. No sé de qué peste. A mi madre la salvaron en el hospital. Si no la salvan, yo no estoy aquí ahora. Hubiese sido una lástima.

- ¿Por qué?

- ¡Porque es lindo vivir! ¿A usted no le gusta vivir?

No me dio lugar a responderle, prosiguió: - A mí me gusta vivir. Con yeta y todo me gusta vivir. Mire si seré yeta que mi madre me quiso estrangular. Le digo la pura verdad. Me salvó un practicante, me sacó medio ahogado de entre las almohadas. Mi madre era alcohólica. Yo lo conozco al practicante, ahora es médico, tiene consultorio en la calle Solís esquina Cochabamba. Vaya a ver la chapa: si cree que le miento, vaya a ver la chapa. De cuando en cuando lo visito, no tengo más amigo que él en la vida. Y sin él no hubiera visto el mundo. Le estoy agradecido.

- ¿No viste más a tu madre?

- No, murió poco tiempo después, murió loca.

- ¿Cómo te llamás?

- Jauja.

- ¿Jauja? – repetí yo - ¿Jauja?

- Ese no es mi nombre, pero así me pusieron de chico en una casa donde estuve sirviendo. Me gustó el nombre. Yo tendría siete u ocho años.

Un día la niña de la casa me habló de Jauja, una ciudad milagrosa en la que para entrar hay que comer una montaña de queso con tierra. Me gustó el cuento. Yo quería ir a Jauja. Siempre hablaba de Jauja. Y por fin me pusieron Jauja de sobrenombre. ¡Me gusta llamarme Jauja! Me parece que llamándome así voy a ser rico. No se ría usted. ¿Usted cree que no voy a ser rico nunca? - Otra vez no me dejó responderle, según su costumbre. A él no le interesaba lo que yo podía contestarle. Se respondió a sí mismo. - ¡Rico y feliz! ¡Yo nací con yeta, pero voy a vencer mi yeta!

Había ingenuidad y fuerza en su afirmación. Lo felicité.

- ¡Bien, muchacho! ¡Así se vence en la vida! ¡Hay que tenerse fe, muchacho!

- ¡Ah, lo que es por eso, yo me tengo una fe! ¡También he pasado tantas yo, y siempre he salido a flote! ¿Por qué no voy a salir igual de todas las que vengan?

- Tenés razón.

- ¡Ya lo sé!

Me dijo esto con un tono que yo traduje: no gaste palabras inútiles para darme la razón; yo siempre la tengo.

La lluvia arreciaba. De improviso, cuando yo creí que sólo de él iba a hablar, me preguntó:

- ¿Y usted cómo se llama?

Le dije mi nombre. Lo repitió como haciendo memoria. Al fin, dijo:

- ¿Usted escribe en las revistas?

- Sí.

- Oh, Yo he leído un cuento suyo. Sí. Pero hace mucho tiempo. ¡Puf!, yo era chico. Un cuento en que el protagonista era un muchacho. Me

gustó por valiente. Yo entonces, pensé: si me encuentro con el que hizo este cuento le diría que hiciese uno conmigo. ¡Qué casualidad! ¡Y ahora lo encuentro! Yo lo hacía otro tipo a usted, lo hacía un viejo, con una gran barba blanca. ¿Por qué no escribe un cuento con mi vida?

- Cuéntamela, entonces.

- Yo estoy solo. No tengo a nadie, ahora vivo con aquel viejo, ¿ve?, aquel chinote que está allá, debajo de aquel árbol. Yo lo llamo Vizcacha.

- ¿Por qué?

- Porque me parece que así debía ser el viejo Vizcacha.

- ¿Has leído el *Martín Fierro*?

- ¡Uf! Lo sé de memoria. Si una vez, yo y otro chico nos escapamos para hacer de Fierro y Cruz, queríamos ir a vivir entre los indios. Después

le contaré. ¡Las locuras que uno hace de muchacho! Ahora vivo con aquel viejo en un rancho, por allá... Van para quince días, pero ya estoy aburrido. No hace otra cosa que venir aquí a tirar los espineles para pescar. ¡Estoy por irme a Rusia!

- ¿A Rusia?

- Sí, me hice amigo de un ruso peletero, un judío. ¡Me habló tan bien de Rusia que me parece que es Jauja! El estuvo hace un año, y ahora se

vuelve. Me ofreció llevarme. Mañana lo voy a ver. Si lo encuentro, me voy con él a Rusia.

- ¿Y si no lo encontrás?

- Me quedo con Vizcacha, hasta que halle donde ir. ¡Qué quiere! Yo soy un muchacho pobre. Tengo que rodar por el mundo. ¡Es lindo rodar

por el mundo! ¡He andado tanto yo!

- Recordá lo que dice Vizcacha al hijo de Martín Fierro:

“Conservate en el rincón, donde empezó tu existencia. Vaca que cambia querencia, se atrasa en la parición”.

- Es una de las tantas macanas del viejo. ¿No le es antipático el viejo Vizcacha? ¡A mí me es antipatiquísimo! Bueno. Le voy a contar mi vida

a ver si hace un cuento. Y le pone *Jauja*.

- Comenzá.

- Bueno, pero usted no me interrumpa. Yo le cuento pedazos de mi vida. Lo que quiero contar. Lo que me gusta. Lo que no me gusta no lo

cuento. Hay cosas que no quiero que se sepan. Las hice...

porque las hice. ¡No sé por qué las hice!... Pero no debía

haberlas hecho... ¿Usted ha tenido hambre alguna vez? ¡Yo sí! ¡Y qué hambre!...

* * *

- Una vez, hace mucho de esto, yo era chico, tendría once años... Lo interrumpí:

- Ahora tenés quince, no hace tanto, hace cuatro años nada más.

Me miró irritado, se encogió de hombros:

- No hará mucho, pero a mí me parece que hace mucho. Cuando pasa un año, a mí me parece que han pasado diez...Bueno. ¡Y no me interrumpa! Porque si me interrumpe...

Dejó unos amenazantes puntos suspensivos. Quise provocarlo:

- Si te interrumpo, ¿qué?

- ¿Qué? Peor para usted.

- ¿Por qué?

- Porque sí. ¡Y basta! Escuche: una vez, cuando tenía once años, estaba de sirviente en una casa...

De pronto, dejando en suspenso el relato, exclamó:

- ¡Ayer hice un robo! A mí no me gusta robar. ¿Para qué? Uno se expone a que lo lleven preso. Yo pido. ¿Tengo hambre? Entro en

una panadería: ¡Eh, panadero, déme un pedazo de pan que tengo hambre! Después entro en un almacén: ¡Eh, almacenero, déme un pedazo de queso que tengo hambre! Y me dan. Tienen que darme. ¿Quién me va a negar de comer? Sólo una vez un panadero me dijo: “Yo no alimento a haraganes”. Le dije de todo. Le dije tantas cosas, que para hacerme callar me dio un pan entero. Yo se lo tiré por la cabeza y me fui. No hubiera podido tragar el pan de ese cochino. Me hubiese indigestado. ¡Mire que negarle un pedazo de pan a un hombre que tiene hambre!

- ¿El hombre eras vos?

Comprendió la ironía de mi pregunta y, súbitamente, afirmó, muy serio, recalcando la palabra hombre:

- ¡Sí, el *hombre* era yo! ¿Y qué se cree usted? Quizás yo con sólo quince años y así bajito y delgadito, quizás sea más hombre que usted, que puede ser mi padre y es tan alto.

- Quizás – dije yo burlón. Me placía irritarlo, verlo defender bravamente su virilidad prematura.

- ¡He pasado tantas yo! Quizás usted no ha pasado ni la mitad de las que yo he pasado.

-Quizás...

Me miró a los ojos, desconfiado. No sabía si enojarse o no. Al fin, comprendiendo que si se enojaba se privaría del placer de hablar de él mismo, decidió no enojarse. Sonrió.

- Le estaba contando que ayer hice un robo. Me parece que hice un robo justo. Usted dirá. Fue en la Chacarita. Vi en un diario que en un escritorio pedían un joven. Al llegar yo, ya habían tomado; como el escritorio estaba cerca de la Chacarita, fui a pasear por allá. ¿No le gusta pasear por el cementerio? A mí sí me gusta. Me entristece, pero es una tristeza linda. Es como cuando uno toma una sola copa de guindado. No se emborracha, pero queda como medio en el aire. Así me pasa cuando salgo de pasear por un cementerio. Me parece que vivo y que no vivo.

¡Los hombres son estúpidos! Hasta en el cementerio hay tumbas lujosas para unos y tumbas pobres para otros. Yo vi una lujosa, de mármol negro, con lindos bronce y estatuas de ángeles.

Estaba llena de flores. Al lado había una tumba fea, sucia, con el mármol roto. ¡Y sin una flor! ¿Sabe lo que hice? Saqué Todas las flores de la tumba lujosa y las puse en la tumba pobre. ¡Todas!

¡No le dejé ni una flor, ni una hoja! ¡Nada! ¡Pero mire qué egoísta es la gente! A los que llevaban flores al rico muerto, ¿qué les costaba tirar una sola en la tumba de ese pobre, del que nadie se acordaba ya! ¡Pues, nada! ¡Todo era para el rico, nada

para el pobre! ¿En la muerte igual que en la vida? ¡No! En la muerte tiene que haber más justicia que en la vida, ¿verdad?

- ¡Sí!

- ¿Le parece que hice un robo justo?

- Sí.

Quedó en silencio. Al fin, habló otra vez:

- ¿Sabe que me es simpático usted? A pesar de que a veces se quiere burlar de mí, me es simpático.

-¿Sí? Me alegro porque vos también me sos simpático.

- ¿Y por qué le soy simpático?

- ¿Por qué? Primero, por la manera cómo mirás. Después, porque pensás como yo. Después, porque sí, porque me sos simpático. ¿Y yo, por qué te soy simpático?

- Por esta última razón, porque sí, porque me es simpático. ¿Por qué nos gusta el agua? ¡Porque nos gusta! ¿Quiere que le siga contando más de mi vida?

- ¿Y cómo no?

Pensó un rato, y dijo:

- Le voy a contar cómo descubrí que no hay Reyes Magos. Lo descubrí en esa casa donde le dije que estuve de sirviente. ¡Yo era un pibe! ¡Tendría ocho años!

- ¿Y ya estabas de sirviente?

- Sí, pero me trataban bien. La señora era una buena mujer. Se le morían todos los hijos y entonces criaba chicos pobres. Yo lo único que hacía era regar las planas con otro compañero que se llamaba Juan. La noche víspera del día de Reyes, Juan puso su zapato en la estufa del comedor. Yo no lo puse; pero sin decir nada, a medianoche, cuando todos dormían, lo puse en el fogón de la cocina. A la mañana siguiente, el zapato de Juan tenía una caja de soldados. En el mío no había nada, pero la señora me regaló una caja igual a la de Juan y me dijo que los Reyes Magos, al no encontrar mi zapato, se la habían dado a ella, para que me la diese. Yo pensé: "Son mentiras". Si hubiese habido Reyes Mago, así como bajaron por el caño de la estufa, hubieran bajado por el fogón de la cocina. ¿Qué le parece cómo lo descubrí? No le dije nada a la señora. ¿Para qué? La pobre señora se habría entristecido. ¡Pobre señora Angela! Se llamaba Angela. ¡Las cosas que descubre uno en la vida! Antes de venirme a vivir con el viejo Vizcacha, descubrí que hay gente muy falsa. Va a ver cómo: Leí una vez en La Prensa que en el escritorio de un escribano necesitaban un empleado. El diario decía así: *Joven*, si hubiese dicho *muchacho*, como en otros avisos, yo no iba.

- ¿Por qué?

- Porque yo no soy un muchacho, yo soy un joven. Fui. Me tomaron. Salía yo muy contento, para volver al otro día. De pronto oí que me chistaban. Era una mujer. Llorando me contó una historia que me partió el alma. Su hijo, "Jenaro" le decía ella, también quería ese empleo. Nos habían tomado a los dos, a prueba, el que mejor sirviese de los dos, se quedaría, "pero mi Jenaro es tuberculoso". Seguramente el escribano le va a preferir a usted, decía ella, y lloraba, gemía, se mordía los dedos. Yo no le entendía bien porque hablaba medio en napolitano. Por fin nos entendimos. Me pedía que yo no concudiese al día siguiente; de esa manera tomarían a su hijo. "Vuelva al mes usted, me decía, seguramente mi hijo ya habrá muerto, el pobre, y usted ocupará su puesto". Le prometí dejarle el campo libre. Me besó las manos, se hincó delante de mí. La tuve que levantar y salí disparando de vergüenza, porque la gente se empezaba a juntar. Volví a la semana por el escritorio, pensando quizás que el pobre tuberculoso ya estaría muerto. Hallé un muchachote grande y fuerte que estaba limpiando la chapa. Pensé que habrían tomado a otro. Le pregunté: ¿Che, desde cuándo trabajás aquí? Hace una semana, me contestó él. ¿Vos te llamás Jenaro?, le volví a preguntar. Sí, me contestó él. Decime, le dije otra vez, tu mamá es napolitana y es así y así... le di las señas. Sí, me volvió a contestar... ¡Me entró una rabia, viera qué rabia! De buena gana le hubiera dado una patada en el vientre. No se la di.

- ¿Por qué?

- Por no armar escándalo... ¡Y porque era demasiado grande! ¡Pero viese qué hipopótamo! ¡Pesaba noventa kilos el muy bruto! ¡Y yo no llego a los cincuenta! ¡La mujer me había hecho el cuento del tuberculoso! ¿No le digo que soy yeta? Cuando iba a encontrar empleo, ¡zas! Me lo escamotean con el cuento del tuberculoso. ¡Todo por tener buen corazón! Si es otro dice: ¡Y bueno, si su hijo está tuberculoso, que se muera! ¡Yo casi me pongo a llorar con la napolitana!

- Pero hiciste una buena acción – intervine -. Suponé que hubiera sido cierto...

- ¿Buena acción o zoncera? – reflexionó él -. Nunca se puede saber bien cuando se hace una buena acción o una zoncera...Mire. Ya está parando de llover. Y vea, allá va a salir el sol. Por eso me gusta el clima de Buenos Aires, porque cambia. Yo no serviría para casado. A mí me gusta cambiar. ¿Quiete que le cuente cómo me enamoré?

- Cómo no, ¡interesantísimo!

- Yo tenía diez años y mi novia veinte; no se ría, porque no es cosa de reír. ¡Si supiera cómo he sufrido!... Vea allá, por el sur, ya se está despejando el cielo. ¡Vamos a tener dos horas de sol! ¡Lindo! ¡Viera usted cómo lo quiero al sol! ¡Pero al sol de Buenos Aires! Una vez en Santiago del Estero le tomé odio. Tuvimos un mes entero de sol, con cuarenta y tantos grados, sin agua. ¡Qué calores he pasado yo en mi vida! ¡Y qué fríos también! Me acuerdo de un frío que tomé en la Pampa, en Quemú-quemú...

- ¡Pero mirá que has andado!

- ¡Uf! ¡Si he andado yo!

Y volvió a hacer el gesto amplio, abarcador de todo el mundo, jactancioso.

- Contame tu amor.

- Antes le voy a contar otra aventura. Le voy a contar cuando Juan, el otro sirvientito y yo, quisimos hacer de Fierro y Cruz y largarnos a vivir con los indios. ¡Oiga! Va a ver las locuras que uno hace cuando es muchacho. ¡También! Teníamos once años. ¿Quién no hace locuras a esa edad? Ya sabíamos leer. Nos había enseñado una señorita de enfrente que se llamaba María del Pilar: mi novia. Es decir, yo era novio de ella, pero ella no lo sabía. Una vez, entre mi compañero y yo compramos *Martín Fierro*. Leíamos de noche, cuando todos se acostaban. Lo leímos, lo volvimos a leer, tanto que al fin lo sabíamos de memoria. Una noche, estaba yo leyendo la pelea de Martín Fierro con el indio. Juan escuchaba. De pronto, él me dice: - Jauja, ¿querés que nos vayamos por ahí, haciendo de Martín Fierro y Cruz? - Bueno, le contesté yo. - ¿Cuándo nos vamos? - Mañana mismo. Así fue. Al otro día, no bien comenzó a amanecer, hicimos un bulto con nuestras pocas cosas y nos largamos. ¡Mire lo que uno hace cuando es chico! Entre los dos teníamos cincuenta centavos. Empezamos a caminar por la calle Callao, rumbo al sur. Al principio íbamos ligero. Yo recordé que Fierro y Cruz andaban al tranquito de sus caballos, sin apurarse; y entonces empezamos a andar así, despacio y conversando. De pronto, Juan me pregunta: ¿Para dónde vamos a ir? - ¡Para Jauja! - ¡Ah!, me contestó él, ¡a Jauja yo no voy! ¿Dónde has visto que Fierro y Cruz vayan a Jauja? Recuerdo que le encontré un poco de razón, ¡pero era tanto mi deseo de ir a Jauja! Le dije: - ¿Y adónde querés ir, entonces? - ¡Pues a vivir entre los indios como Fierro y Cruz!, me respondió él. - Tené cuidado, le respondí, no te vayas a morir de viruela como se murió Cruz. ¡Pobre Juan! El argumento lo impresionó mucho, quizás presentía que pronto se

iba a morir, porque se murió a los dos o tres meses, no de viruela, sino de fiebre tífus. El pobre Juan me miró asustado. Yo le dije: -¡Vamos a Jauja, allí no hay viruelas, allí no se muere nadie! No lo convencí. Insistió en ir a los indios porque Fierro y Cruz habían ido a los indios. Yo no cedía, ¡ahora que se me presentaba la ocasión de conocer a Jauja! Nos paramos a discutir. Por último, yo dije: “Bueno, tiramos una moneda. Si sale cara vamos a los indios, si sale ceca vamos a Jauja”. Salio cara y seguimos viaje a los indios, aunque siempre por la misma calle y en la misma dirección, como antes, cuando íbamos a Jauja. Eso lo reparé yo mucho después. Entonces ni él ni yo nos dimos cuenta de eso. ¿Pero acaso él y yo sabíamos dónde estaba Jauja y dónde estaban los indios? Caminamos. De pronto él dijo: “A esta hora estaríamos tomando nuestro café con leche”. El recuerdo me entristeció, porque ya había comenzado a sentir hambre. Pero había que economizar. Sólo teníamos cincuenta centavos. Seguimos. Después de andar toda la mañana, llegamos al puente que hay sobre el Riachuelo, donde termina la ciudad de Buenos Aires, y nos sentamos a descansar y a comer pan y salame. Veinte de pan y veinte de salame. ¡Cansadísimos! ¡Qué caminata! Ya estábamos terminando, y él dijo: -¿Quién es Martín Fierro de los dos? – Yo, le respondí. Protestó enseguida. – No, yo quiero ser Fierro. Le quise dar razones. - ¿No ves que yo soy mayor, que te llevo dos meses? No quiso saber nada: - No, yo no quiero ser Cruz, porque Cruz se murió de viruela. ¿No le digo? El pobre presentía que pronto se iba a morir. Bueno, yo tampoco quería ser Cruz. -¡Si yo no soy Fierro, me amenazó él, me vuelvo! -¡Volvete!, le contesté yo. Y se fue. Se fue enojado conmigo el pobre. No lo vi nunca más. ¡Tan amigos que habíamos sido siempre! ¿Pero por qué no se nos ocurrió tirar a cara o ceca a ver quién era Cruz y quién era Fierro? ¡No se nos ocurrió! Yo me quedé solo, con diez centavos de capital. ¡Pues ahora sí que voy a Jauja!, me dije, y seguí caminando... Todavía sigo caminando... ¿Qué le parece esta aventura? ¿Una macana, no? Pero si uno no hace macanas de muchacho, ¿cuándo va a hacer macanas? ¡Yo he hecho tantas! A veces me tiro en el pasto, de noche, y me pongo a mirar las estrellas...

Recité los versos de Fierro:

“Que le parecen más bellas

Cuando uno es más desgraciao”...

- Así es, me pongo a mirar las estrellas y a recordar todas las macanas que he hecho en mi vida. ¡Y me divierto! Es una diversión barata.

* * *

- ¡Ya tenemos el sol otra vez! – dijo jubilosamente.

-¿Te gusta el sol? – le pregunté.

- Es lo segundo que me gusta en la vida

- ¿Y lo primero qué es?

Me miró picaresco, esperando que yo adivinara, y dijo:

-¡La mujer!... ¿quiere que nos vayamos a sentar en aquella roca?... Así nos secamos al sol. Allí le contaré cuando estuve enamorado de María del Pilar.

Nos ubicamos en la roca, él comenzó a hablar, dichoso de haber hallado un oyente con tanta paciencia.

- ¿Sabe que me gusta hablar con usted?

-¿Sí? ¿Por qué?

- Porque usted habla poco, me deja hablar a mí. Hablar es la tercera cosa que me gusta en la vida. ¡Y qué pocos hombres lo dejan hablar a uno! Todos quieren hablar. Con el viejo Vizcacha no hablamos nada, porque en cuanto yo le empiezo a contar algo de mi vida, él me quiere contar la suya. ¡Y a mí qué me importa la vida de él, a mí me importa la mía! Escuche: le voy a contar cuando yo estuve enamorado, a los diez años, de una chica de veinte. ¡María del Pilar! ¡Qué lindo nombre! Si alguna vez me caso y tengo una hija, le voy a poner María del Pilar. Ya le dije que yo soy un hombre de yeta; ¿pero puede pedirse más yeta que la de enamorarse, que la de enamorarse a los diez años de una mujer de veinte, que no se da cuenta que uno está allí? ¡Esa yeta la he conocido yo! Enfrente de la casa de la señora Angela, vivía María del Pilar. Era baja, de pelo rubio, de ojos color del mar a las siete de la tarde, en verano...

- ¿Y por qué a esa hora y en verano?

- Porque los ojos de ella tenían el color del mar a esa hora, cuando todavía no es de noche ni es de día. Y ella era así, o a lo menos así me lo parecía- No era mujer y no era chica tampoco. Muy seria, casi triste. ¿Sabe por qué me enamoré de ella?

Porque era baja. Era un poco más alta que yo, y yo tenía diez años y ella veinte. Si hubiese sido alta no me enamoro. Las mujeres altas me parece que no son mujeres, y las mujeres altas y gordas, me parecen hombres disfrazados de mujeres.

- ¿Era linda ella?-

- ¡Preciosa! A mí me parecía que era la mujer más linda del mundo; pero no siempre me pareció así. Al principio, cuando ella todavía no me enseñaba, yo la veía en el balcón. No me fijaba

más en ella que en el farol de la esquina. Y después, cuando me fui enamorando, me fue pareciendo más, más linda; ¡tan linda! ¡Mire que es raro el amor! ¡Como pinta las cosas diferentes de lo que son! ¿Eh? Después, cuando a uno se le va, entonces vuelve a ver las cosas tal como son. Yo, cuando me fui desenamorando, la fui viendo menos linda, menos linda... Al fin, cuando me fui olvidando de ella, la vi. Hacía cuatro años que no la veía. No me pareció nada extraordinario. Me pareció como todas. ¡Qué loco es el amor! ¿Pero qué lindo que es también! ¡Uno se pone tan valiente! Me acuerdo que una vez, para que ella me viese pelear, me agarré a trompadas con un muchachote grande, casi un hombre. ¡Yo tenía un miedo! ¡Y sin embargo, me pelié! Lo más triste fue que ella, en vez de felicitarme por valiente, me retó, me llamó atorrante, “muchacho de la calle”. Es una de las pocas veces que he llorado en mi vida. Pero le estoy contando por el final, en vez de contarle por el principio. María del Pilar nos empezó a dar lecciones a Juan, a mí y a una chica que tenían de sirvienta en su casa. ¡Más burra era! ¡No le entraban las letras! Se llamaba Celestina. Yo era el más inteligente. Aprendí enseguida. ¿Pero sabe por qué? Porque me estaba enamorando. Si no me hubiese estado enamorando, no hubiese aprendido tan pronto. ¿Ve las cosas del amor? ¡Pero algo más curioso todavía! Mientras me estaba enamorando, yo aprendía fácil; cuando ya estaba enamorado, no aprendí más. Y al último, cuando ya estaba muy enamorado, era el más burro de los tres, más burro que la misma Celestina. No me entraba nada. No podía leer. No veía ni las letras. Hasta en la *e*, que es una letra tan alta y flaca, veía algo de María del Pilar, que era bajita y regordeta. En cuanto tropezaba con una *i* ya estaba perdido, la *i* me parecía que era ella y ya olvidaba todo y me ponía a pensar en ella... ¡No se imagina lo que he sufrido! Claro, todo esto lo vi mucho tiempo después, cuando me tiraba sobre el pasto a mirar las estrellas y a pensar. Entonces no veía nada. Entonces era y no era yo. No sé si me entiende. ¿Usted no se enamoró nunca? Porque si no se enamoró nunca, no puede entenderme. ¡Y todo no era sufrir, qué diablos! ¡Hay que decir la verdad! Yo también gozaba. Era una cosa rarísima. Por ejemplo: cuando uno chupa pasta de orozú, que es dulce y amarga... yo gozaba y sufría, ¿me entiende? Yo no sé si eso le pasará a todos, pero me parece que si uno se enamora de una mujer de su misma edad, y ella le corresponde, la pasta de orozú se transforma en un merengue de chantilly. ¡Todo es dulce! ¿Le gustan los merengues de chantilly? ¿Son ricos, eh? Yo la quería a María del Pilar, al

principio sólo la quería, después le fui tomando rabia también. ¡Qué raro! Me gustaba hacerla enojar, hubiese querido que sufriera, pero que sufriera por culpa mía, no de los otros. ¡Si la hubiese podido hacer llorar por algo, qué felicidad! Pero ella me trataba igual que a Juan y a Celestina, igual que al Brujo, un perrito de lanas. Yo me daba cuenta, y sufría. De buenas ganas la hubiese atado de pies y manos y le hubiese sacado pelos, uno por uno, a tironcitos. Oírla decir: ¡Ay!, y pedirme que la dejara, ¡qué feliz hubiera sido! Y si otro cualquiera la hubiese pisado sin querer, yo lo hubiese muerto. ¡Se lo juro! Si ella me hubiera mandado matar, yo mataba. Una vez se enfermó, estuvo con fiebre varios días. ¡Qué días pasé yo! Si ella me hubiera muerto, yo me suicido. ¡Se lo juro! Me enseñó cerca de un año. A los pocos meses yo leía y escribía de corrido, cuando Juan todavía deletreaba y Celestina no había salido de la o. Después me empaqué. No sólo no veía nada y no podía pensar en nada más que en ella, sino que me gustaba hacerla enojar. Y también me gustaba que me gritase, que me amenazara con penitenciarme. ¿No podía conseguir que me besase, que me abrazase y me hiciera cariños, como yo deseaba?... ¡Bueno! ¡Que se ocupase de mí! ¡En cualquier forma, pero que se ocupase de mí! ¡Y la hacía enojar! A propósito, leía mal, escribía con letras torcidas, borroneaba el cuaderno. Ella me gritaba y yo era feliz. Una tarde, después de la clase, me dejó parado en un rincón, en penitencia. ¡Cómo gozaba yo! Le dije que me iba a escapar. ¡Mentira! ¿Qué más deseaba yo, estar allí, sólo con ella, y poderla mirar, mirar mucho? Entonces se sentó en una silla a cuidarme. Ella leía un diario y yo la miraba, la miraba... ¡Qué felicidad! Al salir quiso que le prometiera ser obediente y aplicado. Yo no le prometí nada. Me dio un tironcito de orejas, despacio. ¡Qué me iba a doler a mí, acostumbrado a trompearme con los demás muchachos! Hice como que me dolía mucho. Ella empezó a acariciarme. Yo le agarré la mano, se la agarré para besarla, porque yo hubiese estado todo el día besándole la mano, sin cansarme; y cuando tuve su mano en mi boca, no sé por qué, vaya a saber uno porqué, en vez de besársela, se la mordí... ¿Qué raro, no? Desde ese día, ella aseguraba que yo era un chico perverso, que debía ser hijo de algún criminal... A veces, de noche, pensando en ella, no podía dormir. Y me ponía a pensar en cosas raras. Por ejemplo: pensaba que en ese momento se incendiaba la casa de ella. Veía los bomberos, el humo, el fuego, la gente. Y de pronto Celestina empezaba a gritar que la señorita estaba adentro, quemándose.

Nadie se animaba a entrar. ¡Ni los bomberos! ¡Y mire que yo admiraba a los bomberos; los creía los hombres más valientes del mundo! Nadie se animaba. Entonces yo entraba para salir con la señorita María del Pilar, desmayada. Después ella me decía su salvador y me abrazaba y me besaba mucho. ¡Por qué todas mis imaginaciones terminaban así: que ella me abrazaba y besaba, pero no una vez, muchas. También pensaba en que de pronto oía la voz de ella pidiendo auxilio; yo corría a la calle y la veía en el balcón. Me explicaba: ¡Ladrones! No uno, ¡Cinco, diez, quince ladrones! Yo entraba por el balcón, me armaba de un cuchillo y empezaba a matar a los ladrones. Mataba seis, siete. Los demás disparaban y yo detrás corriéndolos hasta la calle, donde todavía ayudaba a los vigilantes para apresarlos a todos, sin que se escapase ninguno. Por fin, como siempre, ella me abrazaba y me besaba mucho. Otra vez ella había ido a Quilmes, con la señora Angela, otras amigas y nosotros. Entraba a bañarse en el río furioso, casi se ahogaba y yo la salvaba. Lo más lindo era que yo, en aquel tiempo, no sabía nadar. ¡Pero la salvaba! Y ella allí, en la playa, delante de todos...

- ¿Te abrazaba y te besaba mucho?

- ¡Naturalmente, pues! ¿Qué le parecen las macanas que me hacían pensar el amor? Bueno, pero hay que tener en cuenta: ¡yo era un chico!

-¿Si hubiera sido ahora? – le pregunté.

- ¡Sería otra cosa! – respondió con seguridad absoluta -. Ahora no andaría con tantos rodeos. ¡Diez años, figúrese! ¡Ahora tengo quince cumplidos!

Prosiguió su narración, apresuradamente, con miedo tal vez de que yo introdujera comentarios, y le impidiera hablar de él, que tanto le gustaba – hablar de su propia vida, de sus aventuras, de su amor sobretodo – el más importante de los temas:

- Nos daba clase en la sala; sobre el piano tenía un retrato de ella. ¡Lo que yo hubiera dado por él! Hubiese dado una pierna. Hubiese dado cincuenta años de mi vida, porque entonces yo pensaba que iba a vivir mucho. ¡Y lo sigo pensando! Estoy seguro que voy a vivir mucho.

-¿Por qué?

- Porque sí, pero déjeme contarle. No me haga preguntas. ¡Si yo hubiese tenido ese retrato para ponerlo debajo de la almohada! Pensé robárselo. ¿Pero cómo? ¿Si me ayudara Celestina, ofreciéndole algo? Temí que me vendiera, que se lo dijese a ella y ella maliciase que yo la quería. Porque, ¡Cosa rara el amor!, yo hubiese querido decírselo a ella y al mismo tiempo tenía miedo

de decírselo. ¡Cosa rara! No pudiendo robarle el retrato, le robaba los lápices. Ella tenía la costumbre de mojar la punta antes de escribir, yo los robaba por eso, y una vez en la cama, de noche, me ponía a besar y a besar la punta del lápiz. Otra vez le robé un pañuelo. Me acosaba con el pañuelo y lo olía fuerte, pensando en ella...¡Las estupideces que uno hace enamorado! Ella se quejaba porque desaparecían sus lápices. Celestina me acusó. Me revisó y me lo quitó, llamándome ladrón. ¡Qué injusticia! Le aseguro que esa fue otra de las pocas veces que lloré. En aquel año lloré como cinco veces. Después no me acuerdo de haber llorado nunca. ¡Yo soy muy fuerte! ¡Y eso que he pasado tantas yo! Otra vez oí que le daban unas bromas con un primo de ella, recién llegado de Europa. ¡Entonces sí lloré, lloré como un loco, desesperado! La cocinera, asustada, llamó a la señora Angela. Yo dije que me dolía una muela. Me llevaron a la botica. El boticario me revisó, y lo más cómico fue que salió diciendo que sí, que tenía una muela picada. Y me dio un remedio. Yo no sé si lo hizo para vender el remedio o porque él no entendía nada. ¿Usted no le tiene antipatía a los boticarios? ¡Yo sí! Me parece que no saben nada y que se dan ínfulas de médico. Y además, el primo de María del Pilar era boticario. Por suerte eso del primo sólo fue una broma. María del Pilar nunca tuvo novio. ¡Suerte!

- ¿Para quién, para usted?

- No, para el novio, pues. Usted se cree que yo no lo mato? Hasta pensé esperar al primo una noche detrás de la esquina y darle un palo por la cabeza. Pero el primo no la visitó más. Una noche soñé que María del Pilar me besaba. Hasta entonces sólo lo había pensado, esa noche lo soñé. Sentí los besos. Me desperté. ¡Qué rabia! Hice fuerza para volver a dormirme, para volver a soñar lo mismo. ¡Y nada, no me dormía! Empecé a contar de cien para atrás. Me dormí, pero no soñé lo mismo. ¿Por qué será que cuando uno sueña cosas lindas, se despierta, y cuando sueña cosas malas, no? Después me lo dice. Ahora déjeme seguir. Cuando yo le pregunto no es para que me conteste. Le pregunto porque esa es mi manera de hablar. Siga oyendo. Yo esperé contarle mi sueño a ella. De ese modo, sin decírselo, le iba a decir que la quería. ¿Nunca me animaba! A propósito, para que me penitenciase y quedarme solo con ella, me portaba mal. Me quedaba solo con ella y en el momento que yo iba a decírselo, no me salía la voz. Por fin pensé que más fácil que contarle lo soñado sería darle un beso. Cuando estaba lejos, pensaba cómo iba a hacer; pero cuando estaba con ella, allí

solos los dos, ella tan seria, leyendo... ¡Si más fácil me hubiese sido tirarme de la azotea! Sin embargo, ella una vez estaba dándome la espalda. Me animé. En puntas de pie me iba acercando, me oyó. Alarmada, dio un salto y comenzó a gritar. Vino la madre de ella, el padre, una cuñada. Ella decía: ¡Este chico me odia! ¿Vieran qué cara tenía! Estoy segura que se acercaba para estrangularme por la espalda. Grité de miedo al verle los ojos. ¡No se imaginan qué ojos!... Ella creía que la odiaba, y yo, en cambio...

Una tarde llegamos, pero ella no estaba; según nos dijo la madre, una tía la había invitado a veranear en su quinta, en el Tigre. Yo me quedé como cuando una vez, de golpe, me tomé un litro de vino. Después se nos ocurrió a Juan y a mí irnos de Cruz y Fierro. No volví más a la casa, porque en la Boca hallé el capitán de un buque español, que me llevó con él por ahí...

Cuatro años después, hará tres meses de esto, se me ocurrió pasar por su casa, por si la veía. La hallé en el balcón. Ella me dijo lo de la muerte de Juan. Ya no me parecía linda. Mientras hablábamos, yo pensaba si ésta no era otra... A veces pienso que hay dos María del Pilar: ésta, la que yo vi ahora, de hombre, y la otra, la que yo quise cuando era un mocoso. ¿Será así? ¡No me conteste! Yo no le pregunto para que usted me conteste. Le pregunto porque tengo la costumbre de hablar preguntando. Nada más. ¿Le gustó el cuento?

- ¡Mucho!

-¿quiere que le siga contando otras aventuras de mi vida? ¡Ya está el viejo Vizcacha llamándome desde el bote! ¿Lo ve? Es para que le ayude a tirar los espineles. ¡Hágase el que no lo ve! Débil por la distancia, la brisa traía los gritos del viejo:

- ¡Jauuu...jaaa!...

- ¡Hágase el que no lo oye! – me decía el muchacho, mirándome de reojo -, ¡Allí se nos viene! ¡No hay más remedio, lo voy a tener que dejar!

El viejo, lentamente, había comenzado a remar hacia nosotros.

- Es una lástima que nos interrumpa, si no, le hubiese contado muchas cosas más. Por ejemplo, cómo en Alaska, le salvé la vida a un hombre. Era un doctor japonés, un hombre muy enfermo. No podía comer carne, y nos hallábamos en un sitio donde sólo teníamos carne en conservas. A él le hacía mucho mal. Se enfermó terriblemente. Yo vi que una vaca comía un grupo de hojas grandes, y pensé: si eso no le hace mal a una vaca, tampoco le puede hacer mal a un hombre. Corté de esos yuyos y le preparé una ensalada al doctor japonés. ¡Santo remedio!

Empezó a comer de eso y se sanó. El siempre decía que yo lo había salvado. Otra vez... ¡pero dejémosla para mañana! No voy a tener tiempo... Le iba a contar otra aventura, pero es un cuento largo...

De improviso, le pregunté:

- ¿Si te consigo un empleo, lo tomás?

- Si es empleo, sí. En fábrica, no. Los que trabajan en fábrica se mueren jóvenes. Y ya le he dicho: yo quiero vivir mucho. En empleo, sí; pero no se afane por encontrarme empleo. ¿Usted cree que yo soy desgraciado? ¡No! A mí me gusta andar de un lado para otro. Y ya ve. Nunca he robado. No me gusta robar. ¿Para qué robar? Si uno pide de comer, siempre halla quién le dé. La gente no es buena, pero no es mala. Lo que sí, cuando yo pido, me gusta que me crean. Una vez me había pasado un día sin comer. Era en el campo. Llegué a una cosa y pedí. Dije que hacía más de veinte horas que no probaba bocado. Me dieron carne y pan, pero sin creerme. Yo se lo conocí en la cara en la mujer que me daba. Le pregunté: “¿No me cree?” Ella se rió y me dijo: “No”. Yo le contesté: “Entonces no me de nada”. Le devolví su pan y su carne y seguí sin comer. Yo pido, pero con orgullo.

- ¿Por qué?

- Porque pido sólo cuando necesito; y si pido cuando necesito, los demás tienen la obligación de darme. Por eso pido con orgullo. ¿Qué le parece? Yo no robo. ¿Para qué robar? Lo llevan a la comisaría y de allí al reformatorio de menores. ¿Sabe lo que hacen en el reformatorio de menores? Le meten las manos en una prensa y le rompen los dedos. Yo conocí un muchacho que lo habían mandado allí por robar una caja de sardinas en un almacén...

- ¡Jauuu...jaaa! – nos llegó la voz del viejo, ya próxima.

Era imposible no oír. Jauja se levantó de la roca.

- ¡Ya voy! – dijo al viejo -, y se volvió a mí: - Mañana voy a buscar al ruso peletero, si lo hallo me voy a Rusia. Si no lo hallo me quedo aquí y me lleva a ese empleo que usted dice... ¿Eh?

- ¡Jauuu...jaaa! – llegó impaciente la voz del viejo desde el bote.

- ¡Ya voy, pues! – le gritó el muchacho, también

impacientemente - ¿No ve que estoy hablando con un amigo? Saltó al bote y lo vi alejarse rumbo al horizonte, remando briosamente...

Sin saber por qué, yo quedé allí mirándolo, hasta que la lejanía le borró las facciones.

Al otro día pregunté por él. Volví a preguntar al día siguiente.

Nadie me supo decir nada.
No lo vi más.

PEDIR TRABAJO

La luz que juguetea, feliz como un niño desnudo, entre las hojas verdes, es ignorante de la mentira del hombre.

RABINDRANATH TAGORE

Al retirarse los últimos parientes, Felipe se halló solo frente a la abuela. Esto era la realidad. Todo lo demás, palabras lindas, palabras de consuelo, promesas. La realidad era ésta: su soledad en la vida, frente a la abuela con sus setenta y cuatro años. Esa tarde acababan de enterar al padre muerto, joven aún, inesperadamente. Felipe y la abuela hablaron:

- Estuve contando el dinero, Felipe – dijo ella -. Hay seiscientos setenta y cinco pesos.

- Está bien – respondió el muchacho -. Tiraremos con eso hasta que yo encuentre trabajo..

- ¿Y vas a dejar los estudios?

- Sí.

- ¡Oh, no! Tu padre quería que fueses médico; toda su ambición era que no fueses un empleado como él. ¡Felipe, tenés que seguir estudiando!

- Pensá bien, abuela. Yo estoy en cuarto año. Me falta mucho todavía. Un año y medio de bachillerato, después la facultad.

¿De qué vivimos? Esos seiscientos setenta y cinco pesos nos dejarán vivir con estrechez apenas unos meses. ¿Y después?

- ¿Y después? No sé. Dios dirá.

- Dios dirá que deje los estudios. Mejor que nos anticipemos a Dios, abuela. Es necesario buscar trabajo desde mañana mismo. Tengo dieciséis años. Ochenta o cien pesos me han de dar...

La abuela, llorando, lamentábase:

- ¡Tu pobre padre que soñaba con verte médico!... ¡Tu pobre padre!

Fue preciso tragar lágrimas, lamentaciones y sueños. La vida es impasible. Tiene cara de piedra y mano de hierro. No se conmueve. ¡Era imprescindible dejar los estudios y trabajar!

¿Dónde? ¿A quién recurrir?

La abuela levantó una exclamación de júbilo. Entre sus

recuerdos había hallado un nombre: el del Dr. José María Ural del Cerro, diputado, político influyente, ex condiscípulo del padre de Felipe.

- En cuanto me vea se acordará de mí. ¡Cuántas noches ha comido en casa cuando estudiaba! Recuerdo que era loco por el chocolate y tostadas con manteca. Ellos estudiaban, pero al llegar las once, comenzaba a preguntarme: ¿Y, Misia Rosaura, esta noche no hay chocolate? ¡Le gustaba tanto el chocolate que yo hacía! Estoy segura, en cuanto me vea me reconoce. ¡Claro! Hace como quince años que no me ve; ¡pero no importa! El también ha sido pobre. ¡Cómo ha subido ahora! Recuerdo cuando mi muchacho no quiso estudiar más; él lo aconsejaba: ¡Estudiá! ¡Estudiá! Tenía razón, si... Lo iremos a ver, Felipe. Mañana mismo. Iremos al Congreso los dos. Tu padre no lo quiso ver nunca, porque tu padre era muy altivo, no le gustaba pedir nada a nadie; ¡pero habían sido tan amigos! Estuvieron en la revolución juntos, después, tu padre, dejó la política como dejaba todo; él siguió. Ya lo ves, ahora es diputado, hasta suena para ser ministro. ¿Qué le puede costar darte un empleo cualquiera? Lo iremos a ver mañana mismo. ¡Era tan sencillo, tan campechano, tan simpático! Ya verás como enseguida se acuerda de mí.

Fueron al otro día. Abuela y nieto cohibidos, llegaron a la puerta del Congreso. Los recibió un ordenanza, les tomó el nombre.

Volvió con la respuesta:

- El señor diputado está en sesión pero dice que vaya mañana a la mañana por su casa. Aquí está la tarjeta.

- ¡Muchas gracias, muchas gracias! – exclamó la viejita, alborozada. Y ya en la calle, al nieto: - ¿No te dije, Felipe? Ya ves como me ha recordado en seguida. Estoy segura que mañana mismo te emplea.

Y fueron a la casa. El doctor José María Ural del Cerro vivía en un palacio. Los recibió un portero encartonado en una levita con galones. Este llamó a un mayordomo. Aguardaron unos minutos y se les hizo pasar a un salón. Allí, abuela y nieto se sentaron en sendos mullidos sillones, sin atreverse a hablar. Sin respirar, casi. Y aguardaron media hora. Un sirviente les explicó:

- El doctor está con el peluquero.

De pronto apareció él. Era un hombre grueso, bien conservado, con un principio de calvicie. Usaba bigotes a lo Carlitos Chaplin. Vestía yaqué claro, polainas y guantes blancos. Felipe observó todo esto rápidamente. La abuela sólo atinó a ponerse de pie, emocionada hasta temblarle la voz. El diputado la recibió

efusivamente, gritó desde la puerta:

- ¡Mi querida Misia Rosaura! ¡Qué alegría verla! Le juro que ayer, si no hubiese sido porque se trataba de una sesión muy importante, dejo el recinto y salgo a verla. ¡Siéntese! ¿Y este joven?

La abuela quiso hablar y no pudo. La alegría de su corazón simple se rompió en sollozos, como un cristal al fuego.

- ¿Llora Misia Rosaura? ¡No!

- Lloro de alegría – pudo explicar ésta -. Lloro de verlo tan bueno a usted. De ver que no ha olvidado a los viejos amigos.

- ¿Y cómo voy a olvidarlos, Misia Rosaura? ¡No! ¿Se acuerda del chocolate a las once con tostados con manteca?

- Sí, doctor, sí...

- ¡No me llame doctor! Ya ve cómo la llamo a usted, Misia Rosaura. Llámeme como antes: José María, nada más. José María, como cuando iba a su casa, a estudiar.

- No me atrevo, no me atrevo, doctor...

- ¡Qué Misia Rosaura, siempre tan tímida! ¿Y Juan? ¿Siempre tan chúcaro, sin dejarse ver por los amigos?

- ¿Qué? ¿No supo? ¡Murió!

- ¿Murió? ¡Pobre Juan! ¿Cuándo murió?

- Antes de ayer.

- ¿Y por qué no me dijeron nada? Hubiese querido acompañarlo. Fue mi más querido amigo de estudiante.

- Ya lo sé, doctor, ya lo sé... Yo se lo decía a Felipe, mi nieto, el hijo de Juan...Este es el hijo de Juan.

- ¡Ah, este joven!... Es la misma cara de Juan, sí.

- Yo se lo decía, doctor. En cuanto me vea, me reconoce...

Y la abuela volvió a llorar; pero ya estaba animada, y pudo comenzar a explicarse. El no la dejó concluir:

- ¿Un empleo para este joven? ¡Y cómo no! ¡Hoy mismo me ocuparé del asunto! Casualmente ahora voy a ver al ministro del interior. Le pediré el empleo. Déme su nombre y dirección.

Cuando tenga algo les escribiré.

- No, doctor, yo puedo pasar por aquí...

- ¡Qué esperanza, mi querida Misia Rosaura! ¡No faltaba más que usted se molestase! Yo mismo iré a llevarle el nombramiento. Le buscaré algo para que pueda continuar los estudios. En este país, amiguito, el que quiere ser algo tienen que ser doctor.

- ¡Muchas gracias, doctor. Es demasiado bueno usted.

- ¡Qué va a ser demasiado, Misia Rosaura! ¿Vamos saliendo? ¡Estoy apurado! A la una me espera el ministro, y antes tengo

que hacer otras diligencias... ¿Para dónde van? Los llevo en mi automóvil...

- No, de ninguna manera, doctor.

- Bueno, Misia Rosaura, hasta la vista. Adiós – les dio la mano fuertemente -. Este muchacho es igual al padre, callado como él. ¡Adiós!

Abuela y nieto quedaron en la acera viendo desaparecer el automóvil.

- ¿Qué te había dicho, Felipe? ¿Tenía razón o no? ¿Has visto qué bueno, qué cariñoso? ¡Y qué simpático!

- A mí me es antipático, abuela.

- ¡Oh, no digas disparates, muchacho! Ya verás, mañana mismo estás empleado. ¡Vení!

- ¿Adónde vas?

- Voy a la capilla, a darle gracias a Dios.

- Vamos a casa...

- Vos no recés, vos quedate de pie. Yo voy a rezar por los dos. ¡Vení!

Felipe se arrimó a una columna. La abuela, de rodillas en el suelo, rezando, lloraba otra vez.

* * *

Transcurrió una semana. El cartero siempre pasó de largo. A veces, parado en la puerta, Felipe lo veía aproximarse, casi estiraba la mano al llegar él; pero el cartero nunca tenía nada para ellos. Siguió yendo a clase. El doctor le había prometido un empleo con el cual podría estudiar. Todas las mañanas llegaba Felipe preguntando:

- ¿Y, abuela?

- Nada, hijito.

Silenciosos, se sentaban a comer. Silenciosos y apesadumbrados. ¿Por qué ocurría aquello?

- ¿Se habrá olvidado el doctor, abuela?

- ¡Imposible!

- ¿Y entonces?

- No se.

Decidieron ir a verle. Los recibió el mayordomo, quien, a cabo de esperar un largo rato, les dijo que el doctor no podía recibirles, que estaba con varios senadores y diputados, ocupadísimo, que ya había pedido el empleo, que volvieran dentro de quince días... Salieron otra vez, abuela y nieto, con el corazón caliente de esperanza. A la abuela, la ilusión no la dejaba reflexionar;

entregábase a ella, sencillamente. Felipe, que iba meditando, dijo:

- Esta vez no nos prometió escribir, nos dice que volvamos.

- ¡Pero, hijo! – protestó la abuela -. Todavía que te va a dar empleo, exigís...

- No, yo no exijo nada, abuela. Volvamos dentro de quince días...

Y volvieron. Pero el doctor no estaba. Fueron a verle al Congreso, les mandó decir con un ordenanza que no tenía novedad. Salieron desolados, aturdidos. Y Felipe, en la esquina del Congreso, gritó:

- ¡Yo no vuelvo más!

- ¡Hay que tener paciencia!

- ¡Yo no vuelvo más!

- Vendré yo sola, entonces.

- No vengas más, abuela.

- ¿Y qué vamos a hacer? Al fin nos quedaremos sin un centavo...la plata se gasta, y...

- ¡Yo sé, abuela! ¡Ya verás!

- ¿Qué, qué?...

Y el muchacho le confidenció su plan: ya no iría más al colegio.

Esa misma tarde, en el taller del padre de un condiscípulo, entraría de linotipista...

La abuela se dobló a llorar.

- ¡No, no, Felipe, no! ¡Si te viese tu padre, él quería hacerte médico! ¡Si te viese tu padre!

- Quizás le gustaría más verme de linotipista que verme yendo a mendigarle a ese doctor... ¡Es una vergüenza pedir trabajo como si se pidiera limosna!

- ¡No importa! Yo seguiré yendo. Yo no tengo vergüenza. ¡Yo iré! Y ya verás como ha de cumplir. Si no te ha dado, estoy segura, es porque no ha podido. ¡Estoy segura!

-¿Cómo no va a poder, un diputado oficialista, que va todos los días a la Casa de Gobierno?... ¡No me da porque no le importa nada de nosotros!

- Tendrá muchos pedidos y pocos puestos...

- Y los que tiene serán para satisfacer sus compromisos del comité... ¡Qué le importa a él de la madre y del hijo del que fue su compañero de estudios!

- ¡Cómo hablás, Felipe, parecés un viejo! Ya ves yo: tengo setenta y cuatro años y tengo esperanzas...Creo que los hombres no han de ser tan malos como vos lo suponés...

- ¡Abuelita, abuelita! Vos tenés setenta y cuatro años pero sólo has vivido quince.

- ¡No te entiendo, chico!
- Yo, desde que lo vi al doctor, no esperé nada de él.
- Pero, ¿por qué?
- No sé, no sabría decirte.
- Ya verás como te has engañado, yo volveré.

Cada quince días la abuela se presentaba en el palacio del doctor. Nunca consiguió verle. El portero engalonado le respondía invariablemente:

- El doctor no está.

Felipe seguía yendo al taller como aprendiz.

- ¿Pero a qué hora está el doctor? – preguntó la abuela, ya cansada de recibir por cuarta vez la invariable respuesta.

- ¿A qué hora? – dijo el portero -. No sé. No tiene horas fijas. Vaya a verle al Congreso.

La abuela fue al Congreso inútilmente. Allí no podía recibirla, estaba muy ocupado. Decidió escribirle una carta. Con su letra torpe y temblorosa, le escribió una larga esquila. No le hacía reproche alguno. Súplicas y recuerdos la coloreaban. Pintábale su situación, cómo veía diariamente desaparecer aquellos seiscientos setenta y cinco pesos que dejó el hijo al morir. El abismo de zozobra que se abría ante ellos. Le narraba cómo se había estrechado, mudándose a una pieza...

No le decía ni una palabra del nieto, estudiando de linotipista.

Esto la avergonzaba. ¡Ella que lo ensoñara médico! Se le apretaba el corazón cuando lo veía regresar con las manos manchadas, descuidado el traje. De esto no podría decirle nada. Hubiese sido demasiado. Y terminaba la carta olvidando el tratamiento de doctor: “José María, piense en Dios, piense en mi hijo Juan que lo está viendo y le está suplicando, piense que usted es toda la esperanza de un pobre muchacho que comienza a vivir y de una pobre vieja que pronto ha de morirse.

Contésteme dos líneas. Déjesela al portero, yo iré a buscarlas, deme una ilusión...”

Entregó la carta al portero, recomendándosela:

- Désele en propias manos, al mismo doctor...

Volvió una semana después:

- El doctor no está.
- ¿Pero no ha dejado una carta para mí?
- No, señora.
- ¿Le dio usted la mía en propias manos?
- Sí, señora.
- ¿Y que dijo?
- Nada. La leyó y no dijo nada.

La abuela no pudo más. Lloró. Hallábase como delante de un muro de piedra, alto y frío. Y buscaba una salida inútilmente. Lloró. Apoyándose sobre el portero para no caer, porque se sentía caer, no de debilidad, de desesperanza, lloró.

El portero compadeciese. Despojándose de aquella levita galoneada que lo hacía un ser impasible, sacó de él al hombre, y le habló:

- Escúcheme, señora. No me comprometa, pero yo le voy a decir: ¡No venga más, señora! ¿Usted viene para pedir un empleo?

- Sí, un empleo que me ofreció para mi nieto...

- No venga más, señora. Es inútil. No me comprometa; pero yo le digo porque me da mucha lástima verla venir y venir con sus años, inútilmente. Yo tengo orden de decirle que no está. Ahora, por ejemplo, el doctor está, pero yo tengo que decirle a usted que no está. Muchas veces, cuando usted se alejaba, despacito, triste, yo tenía ganas de llamarla, decirle la verdad; pero tenía miedo de comprometerme. Yo soy pobre también. ¡No venga más, señora! No se lo quise decir, pero el otro día, leyó la carta suya, y dijo: “¡Puff! ¿Si yo fuera a dar empleos a todos los hijos de mis compañeros de estudios! No hay día que no se me presente alguien que me conoció hace veinte años”... No dijo más. Y tiró la carta. ¡No vuelva! ¿Para qué va a venir? Así hace con todos, hasta que se cansan y no vienen más.

- Bueno, bueno, muchas gracias... No volveré.

- Pero no me comprometa... Yo soy pobre también.

- No, no... ¿Pero por qué me ha prometido?

- El promete a todos.

- ¿A todos? Bueno. Muchas gracias. No volveré. Adiós...

Y la abuela se alejó, más lentamente, más agachada. Y tan aturdida que no atinaba a reflexionar. ¿Pero, por qué? – preguntábase – ¿por qué? – preguntábase sin saber lo que se preguntaba.

No dijo nada al nieto.

Y pasaron otros quince días. Una mañana, contando el dinero que aún les quedaba, sintió miedo de que se terminara. Y dudó – o necesitó dudar – de que fuese cierto lo que ocurría: de que al doctor no le importase nada de la madre y del hijo de su compañero de estudios, de su más querido amigo de la juventud. Decidió verlo, intentar otra vez, quizás la última. Fue al Congreso. Recibió la habitual respuesta del ordenanza:

- El diputado Ural del Cerro está sesionando. No puede recibirla. La abuela salió a esperarlo en la acera. Dos horas estuvo allí,

arrimada contra la pared, apenas sostenida por sus piernas que le temblaban de cansancio. De pronto lo vio. Salía él con otros dos señores, hablando ruidosamente, riendo.

- ¡Doctor, doctor, doctor!...

Exclamó ella y, extendiendo los brazos, dio un paso adelante...

El la vio y la oyó. Ella tuvo la conciencia nítida de esto, mas siguió derecho, hablando fuerte.

- ¡Doctor, doctor, doctor!

Dijo ella otra vez y, adelantándose, resuelta, le cortó el paso. El la apartó suavemente y quiso seguir; pero la viejita, armada de su último valor, no se movía.

- ¡Doctor, doctor!... ¡Escúcheme, doctor!

Rápidamente, él sacó un papel del bolsillo y se lo puso en la mano, la apartó, ahora no suavemente, y subió al automóvil, que partió.

La abuela, temblando, se miró la mano: en ella palpitaba al viento un papel de cinco pesos. Y lo dejó volar. Un ordenanza corrió tras él y se lo alcanzó.

- ¡No, no lo quiero!

- ¡Son cinco pesos! – dijo el ordenanza, asombrado.

- Yo no soy una pordiosera – gritó la viejita -. ¡ El doctor Ural del Cerro es un canalla, un canalla!

Tomó el billete y lo partió. El ordenanza tomó un pedazo y un muchacho el otro. Comenzaron a disputar. La abuela se alejó.

Caminaba derecha y casi ligero. Tampoco dijo nada a Felipe.

Alguna vez éste le preguntaba:

- ¿No fuiste más a lo del doctor?

- Sí, pero no voy a ir más.

- Hacés bien.

Una tarde, al entrar Felipe, sacó algunos billetes del bolsillo.

- ¿Y este dinero?

- Mío, abuela. Lo he ganado yo. Es la primera quincena que cobro. Por ahora gano medio jornal; pero vas a ver, pronto ganaré jornal entero. ¡Y que se guarde su empleo el doctor! Ya no necesitarás tocar el dinero que dejó papá. Guardalo para algún imprevisto, una enfermedad. Yo ganaré para los dos. ¿Qué hacés, abuelita?

Esta se había arrodillado y rezaba. El la dejó. Cuando e irguió, volvió a preguntarle:

- ¿Para qué rezabas?

- Para darle gracias a Dios.

- ¿Y no llorás? ¡Qué raro! Porque vos todo lo arreglás llorando.

- No, hijito. No lloro. Vos me has enseñado a no llorar. ¡Vos me

has enseñado tantas cosas!...

- ¿Yo, abuela? ¿Y qué te he enseñado? A ver...

- ¡Tantas cosas!...

- ¡A ver, decime una! Porque yo no adivino...

- Me has enseñado... - comenzó la abuela, pero no pudo continuar. Porque ahora lloraba.

LA BOTELLA DE LECHE

Las mentiras de los niños son la obra de los educadores.

ROUSSEAU

Mirín - ¿Adónde vas?

Bolo – A la lechería. Voy a comprar un litro de leche.

Bolo es un niño sirviente, ubicado por el defensor de menores. No tiene padre ni madre. Es un chico gordo y pálido, de ojos inexpresivos, redondos como los de un pez, la cabeza rubia rapada, pecoso. Al hablar, sesea. Viste un delantal azul que le baja hasta la alpargatas. Tiene las manos con sabañones, de lavar los platos con agua caliente.

Mirín – Te acompaño.

Y el niño delgado, ágil, vivo, se pone a andar junto al pesado, gordote y torpe sirvientito. Conversan. Naturalmente, Mirín pregunta y Bolo responde:

- ¿Te pegó hoy la señora?

- Todavía no.

- ¿Cuándo te pegó la última vez?

- Ayer a la noche.

- ¿Por qué?

- Le rompí un plato. Eran cerca de las doce de la noche. Yo me caía de sueño y dele, dele lavar platos. No se acababan nunca. Habían tenido invitados. Yo lavaba y cabeceaba. En una de esa se me resbaló un plato, ¡y zas! Se rompió. La señora oyó el ruido, y ¡pif, paf! Do cachetadas.

- ¿Fuertes?

- ¿Fuertes? No se. Ya estoy acostumbrado. Ya no me dueles.

- ¿Lloraste?

- Sí.

- Y si no te dolieron, ¿por qué lloraste?

- Para que no me pegue más. Ella me pega hasta que lloro. Si lloro al primer bife, no me da más. Si no lloro me sigue dando y

dando... ¡Hasta que lloro! Al principio yo no lloraba hasta que me dolían. ¡Y me llevaba cada tunda! Cachetadas, tirones de orejas, pellizcos, tirones de pelo... ¡Hasta patadas! Ahora, no... Ahora lloro en cuanto me amenaza. Y me deja tranquilo.

- ¿Aprendiste a llorar?

- Sí. Al principio no sabía; como mi mamá nunca me pegaba...

- ¿Nunca?

- ¡Nunca! ¿Y a vos te pega?

- No. A veces me grita, pero nunca me pega. Además, tengo mi abuelita que me defiende. Si mi mamá me core, yo disparo junto a mi abuelita. Allí nadie me toca. ¿Vos no tenés abuelita?

- No. Yo no tengo nada. Mi papá murió cuando yo era chiquito, mi abuelita antes que yo naciera, mi mamá el año pasado. Me recogió una vecina y me llevó al juez defensor de menores. El juez me conchabó en lo de la señora Rita.

- ¿Es mala?

- No... A veces... Grita mucho... Pero no pega mucho... Yo conocí un chico del defensor, conchabado en lo de un médico, ¡pobre!, se llamaba Lucas. ¡Viera que palizas le daban! Eran tres para pegarle: el médico, la señora del médico y la madre del médico. ¡Ah, no! Eran cuatro. La cocinera también le pegaba. Por fin se disparó. ¡Pobre!

- ¿Pobre, por qué?

- Lo hallaron muerto, destrozado por un tren.

- ¿Se suicidó?

- No se supo... Aquí está la lechería. Esperame. Entro y salgo...

* * *

- ¡Mirá qué linda la leche!

- Blanca. Parece luz de luna.

- ¡Y rica! ¿Te gusta la leche a vos?

- Sí.

- ¿Tomás leche, vos?

- Sí.

- Yo, no. No me dan. Esta leche es para la señora que está criando. A mí me dan té con un pan criollo.. El señor tampoco toma leche. El toma mate, mate amargo. La señora se toma tres litros al día. Uno a la mañana, otro a la tarde y otro a la noche, al acostarse.

- ¿Por qué no le pedís? Quizás te dé...

- ¡Sí, una cachetada!

- ¡Pobre Bolo!

- ¿Por qué me decís pobre Bolo?
- Porque tenés ganas de tomar leche y no te dan. Yo le voy a decir a mi abuelita, vos venís todas las tardes y yo te hago dar una taza. ¿Eh?
- ¿Y no se enojará tu abuelita si le pedís para mí?
- Mi abuelita no se enoja nunca...
- La señora no me da leche porque dice que estoy muy gordo, que parezco un bolo...
- ¿Vos te llamás Bolo?
- No. Yo me llamo Alberto. La señora me puso Bolo.
- ¿Y a vos no te gusta más llamarte Alberto?
- Sí. Alberto Pallarés; pero ahora me he acostumbrado a que me digan Bolo.
- Como a mí Mirín. Yo no me llamo Mirín.
- ¿No?
- No. Yo me llamo Miguel Fadrique Rosti Guerra.
- ¡Cuánto nombre!
- Rosti es el apellido de mi papá y Guerra el de mi mamá. Miguel es el nombre del padre de mi papá y Fadrique el del padre de mi mamá.
- Mi madre se llamaba Albertina, por eso a mí me pusieron Alberto.
- Estoy pensando una cosa.
- ¿Qué?
- ¿Por qué no te tomás un poco de esa leche?
- ¡No! La señora se va a dar cuenta que falta.
- Le echamos agua.

Los chicos quedaron mirándose en silencio. Bolo con la pupilas azoradas, puestas en la boca de su compañero que acababa de revelar una verdad tan evidente, asombrado de que no se le hubiera ocurrido antes.

De pronto, sin decir nada, levantó la botella y la hundió en su boca. Comenzó a tragar el codiciado líquido. Bebía como en éxtasis, ajeno al mundo que lo rodeaba, gozando una dicha ansiada demasiado tiempo. Mirín tuvo que volverlo a la realidad.

- ¡ Eh! ¡Basta! Ya has tomado mucho. Te has tomado más de la mitad.
- ¿Vamos a tu casa a echarle agua?
- Ahora no se puede, se va a notar que tiene agua. Has tomado demasiada leche.
- ¿Y entonces, qué hacemos?
- ¿Vos no tenés plata?
- ¡Qué voy a tener!

- Yo tampoco tengo... ¡No importa! ¡Ya se lo que vamos a hacer!
¡Tomate toda la leche!

- ¿Toda?

- Sí.

Bolo volvió a empujarse la botella.

- ¡Ah, ya está! No queda ni una gota.

- Bueno. Ahora tirá la botella al suelo.

- ¿La rompo?

- Sí.

Bolo estrelló la botella contra el suelo.

- ¡Bien! Ahora va y le decís a tu patrona que se te cayó la botella y se te rompió.

- No me va a creer.

- La llevás para que vea la botella rota.

- Y no va a ver la leche tirada.

- Es verdad. ¿Cómo hacemos?

- Ya sé. Yo voy llorando. Si voy llorando me va a creer.

- ¿Y cómo vas a llorar?

- Dame una cachetada.

- ¡¿Yo?!

- Sí. Dame una cachetada.

- ¡Tomá!

- ¡Más fuerte!

- ¡Tomá!

- A...hora...sí... ¡Ah!

Bolo se aleja llorando y entra en la casa. Mirín vuelve a la suya pensativo.

* * *

- ¡Mirín!

- ¿Qué, mamá?

- Aquí hay una señora con un chico; dice que vos le has pegado y le has roto una botella de leche.

- ¡¿Yo?!

Y Mirín, indignado, acude donde lo llaman. En el zaguán está Bolo, lacrimoso aún, está la señora que lo tiene preso de una mano y está la madre de Mirín, asombrada por la acusación que pesa sobre su hijo. No la cree. Y pregunta a éste:

- ¿Es cierto, Mirín, que vos le pegaste dos cachetadas y le rompiste la botella y le tiraste la leche?

El ama de Bolo es quien responde:

- ¿Pero cómo no va a ser cierto? ¡Mire las marcas de las

cachetadas!

La madre de Mirín se resistió:

- ¿Es cierto?

Mirín está indignado y va a decir la verdad, pero Bolo, apartando el brazo con que se cubría la llorosa cara, lo mira. Mirín lee en la silenciosa mirada del muchacho. Su angustia suplica. Si él dice la verdad, aquella mujerona alta que lo tiene tomado de un brazo, lo molerá a golpes; si miente, si se acusa, ¿qué le va a hacer su mamá a él? ¿Lo mandará a la cama? Ya sabe él lo que durará el castigo. No bien se quite los zapatos, su mamá, como otras veces, le dirá: “Bueno, andate a jugar, otra vez portate bien”. Es preciso contestar. Levanta los ojos, y, con resolución, dice:

- ¡Sí!

- ¿Vos le pegaste? ¿Es verdad? ¿Vos le rompiste la botella? – le pregunta la madre, que no puede creer lo que oye.

- ¡Sí!

- ¡Andá a la cama! ¡Te vas a quedar todo el día en la cama!

Mirín ya se retira; pero antes echa una ojeada a Bolo. El ama le ha soltado el brazo preso. Y los dos niños se miran. Mirín sabe lo que le cantan los ojos redondos, ahora expresivos, del sirvientito que le sonríe. Y se va a la cama.

* * *

Mirín se ha sacado un zapato y una media, nada más. Sentado en el borde de la cama, espera.

Rápida, nerviosa, entra la madre. Los ojos chispeantes, colérica. Su voz es agria, y le grita:

- ¿No te has acostado todavía? ¡Perverso! ¿No tenés vergüenza pegarle a ese pobre sirvientito? ¡Acostate, pronto!

Mirín va a hablar; pero opta por sacarse, lentamente, el otro zapato y la media.

La madre lo apura, grita más:

- ¡Pobre! ¡Acostate! ¡Pillo! Le he tenido que pagar la leche y la botella. Todo el día vas a estar en la cama. ¡Y sin comer!

Mirín comienza a desabrocharse la camisa. Quiere hablar; la cólera de su madre lo acobarda. A los gritos, aparece la abuelita:

- ¿Qué ocurre, qué pasa? ¿Por qué lo hacés acostar? ¿Puede haber hecho algo malo mi nene?...

Su presencia da ánimos a Mirín. Ahora es él quien grita.

Interrumpe a la madre que iba a contar lo ocurrido. Canta la verdad.

- ¡Yo no le rompí la botella; yo le hice tomar la leche y él

después rompió la botella! Yo le di las cachetads porque él me dijo. Paa poder llorar y mentir y librarse así de la paliza que le iba a dar la patrona...

- ¿Y por qué no dijiste la verdad ante ella? ¿Por qué dijiste que sí le habías pegado, que sí le había roto la botella de leche?

Mirín iba a responder. No pudo. Abrazada a él, llorando, besándolo, estaba su abuelita, suplicándole:

- ¡Besame hijito mío, besame mi nene, mi angelito, mi corazón de oro! ¡Besame más, otro más, otro, otro beso más!... ¡No te canses de besarme, mi niño Jesús!...

- ¿Por qué, abuelita?

EL MAS GRANDE DE LA CLASE

La inocencia de los niños lucha, no sólo contra la muerte de la especie, sino también contra la corrupción humana y la gangrena universal del pecado.

AMIEL

Simón había nacido acobardado. No era más débil ni más pequeño que los demás; pero había nacido acobardado, y los demás, como si lo intuyeran, lo golpeaban. En el mundo infantil como en el mundo animal, el que se acoquina, paga cara su insignificancia. El instinto no conoce la misericordia.

Triste, hijo de tristes, quizás Simón sentía el peso de la vida sobre sus doce años, sin hambre y sin frío, porque era sirviente; pero también sin derechos. No tener derechos a los doce años, derecho a gritar; derecho de poder imponer algún capricho, es peor que tener frío y hambre. Silencioso y obediente, Simón había sido "sirvientito" desde los seis años. Casi había aprendido a hablar teniendo que hacerlo entre amos siempre. Su alma de humilde, hijo de humildes, concluyó por acoquinarse, trémula, mansa al golpe y al grito, utensilio dispuesto a servir a quien de ella quisiese hacer uso. Simón, como esos hombres viejos, muy aporreados por la vida, a los doce años, tenía alma despreciable de escoba o de balde. Una cosa sucia, útil y cotidiana de la que todos podían servirse, y abandonar después en un rincón cualquiera.

Era el segundo hijo de una viuda que tenía otros cuatro pequeños, todos así, silenciosos y feos, con la tristeza sucia que

el conventillo infunde a las criaturas nacidas y criadas en su negro vientre.

Ahora hacía de “sirvientito” en una casa del barrio; trabajaba de mañana, de tarde iba a la escuela. Iba allí como iba a todas partes: de limosna. El director de la escuela, de quien la madre había sido sirvienta antes de casarse, le concedió que enviara a su hijo Simón, después de cumplir sus obligaciones durante toda la mañana: mandados, cebar mate, lavar platos y escaleras; se ponía un delantal sobre sus ropas sucias, en zapatillas, y se largaba a aprender lo que pudiera su pobre cerebro de muchacho anémico, humillado, hijo de humillados y anémicos. Para aprender se necesita estar fuerte y alegre. El cerebro de Simón era una esponja y su alma de niño triste, pálido, enclenque, sufrido; un harapo de alma.

Obedecía por costumbre. Como obedecía a los amos, obedecía al maestro y a sus compañeros. Pero a los iguales no se obedece impunemente. Los condiscípulos le hacían pagar caro su acoquinamiento: gritos, golpes. Hasta los más chicos que él, lo gritaban y golpeaban. A Simón no se le ocurría que él hubiese podido responderle grito por grito y golpe por golpe. Ignoraba ese derecho. En todas partes se sentía el “sirvientito”, cosa blanda a la voz dura que grita, cosa fácil que se dobla a la mano ignorante que pega.

Ahora había un nuevo maestro. Un hombre canoso y pensativo. Se dio cuenta de la situación de Simón ante sus camaradas. Y habló a éstos.

Aprovechó una de las frecuentes faltas de Simón, el que a veces, para cumplir con sus obligaciones, no podía ir a clase.

Les habló:

Era preciso que cambiaran de conducta con ese chico. ¿Por qué gozaban en maltratarlo? ¿No tenía suficiente con su desventura? ¡Servir! ¿Saben cuánto gana por mes? ¡Si era casi una vergüenza decirlo! ¡Cinco pesos! ¡Cinco pesos por treinta mañanas de frío y de fatiga! ¡Cinco pesos! Ellos, todos hijos de padres acomodados, ¿sabían lo que era ser sirvienta? Los chicos escuchaban, silenciosos, embobados de estupefacción. Fueron malos, sí; pero no por crueldad, sino por ignorancia. Había allí dieciocho alumnos. En los dieciocho, el arrepentimiento cantaba su enternecedora canción. Sus dieciocho corazones se estremecían al oírle. El maestro siguió exponiéndoles la vida triste y dura del compañero vejado: la vida en el conventillo, la madre pobre que vivía vendiendo fósforos, casi pidiendo limosna por las calles, con dos chiquilinas colgadas de sus polleras. La

otra hermanita dentro de un local frío, aspirando polvo... Uno de los chicos no pudo más: se dobló sobre el banco, ahogándose. Y lloró. Varios tenían los ojos turbios de lágrimas. El maestro se dirigió a Ignacio, el más grande de la clase:

- Pongo a ese pobre chico bajo tu protección, Ignacio. Vos debés defenderlo. Que nadie le pegue. Que en el recreo jueguen con él. ¿Vas a hacerlo así?

Ignacio se puso de pie como quien va a decir un largo discurso. Era un muchacho fuerte, casi hermoso. Moreno, de facciones regulares, mentón prominente, voz hombruna ya. Estaba muy serio. Sólo dijo:

- Sí, señor...

Parecía que deseaba hablar, pero volvió a sentarse. Sus negras pupilas brillaron amenazantes, recorrieron en círculo, buscando enemigos entre sus compañeros. Sólo halló caras emocionadas, ojos húmedos de ternura...

Y ahora eran tres los que, doblados sobre el pupitre, lloraban.

El maestro concluyó:

- Muy bien, mis queridos muchachos...

Y también calló él, interrumpiéndose como antes lo había hecho Ignacio, al principio de lo que parecía un largo discurso.

* * *

A la tarde siguiente, al entrar Ramón, se vio rodeado por todos sus compañeros. Uno le daba una calcomanía, otros figuras de cajas de fósforos, otro, bolitas, otro le regaló un cuaderno. Se lo disputaban. Todos querían jugar con él. Al fin, Ignacio se lo llevó a la cancha.

¿Jugar a la pelota? Este había sido el sueño más deseado por Simón. Nunca se atrevió a exponerlo. Y ahora, Ignacio, poniéndole una pelota en la mano, le había dicho:

- ¡Tirá!

Pero Simón no tiró. Tanta era su dicha, que no pudo jugar. Se arrimó a una pared. Era la primera vez que lo veían llorar. Ni por gritos, ni por golpes lloró nunca. Estaba acostumbrado a unos y a otros desde muy chico; pero no estaba acostumbrado a la palabras buenas, a los regalos, a la amistad, a la preferencia en el juego que ahora le brindaban sus compañeros. ¿Cómo no llorar?

Cinco días duró el paraíso de Simón. Una tarde no fue a clase. El maestro explicó su falta: ya no iría más. Ahora era obrero, aprendiz en la fábrica donde estuvo el hermano mayor. Este,

tuberculoso a los catorce años, había tenido que abandonar la tarea. Simón lo sustituía. Era imprescindible llevar a u casa ese jornal.

- Pueden estar alegres – terminó el maestro -; lo hicieron feliz unos días. Seguramente serán los únicos días felices que ha tenido el pobrecito. Tal vez nunca más ha de conocerlos.

Ignacio, el más grande de la clase, se había puesto de pie.

Preguntaba:

- ¿Y ya no vendrá más?

- ¿Y cómo ha de venir?

- Se me ocurre... ¿Si fuésemos a ver al dueño del conventillo donde vive Simón?

El maestro no adivinaba.

- ¿Para qué?

- Podríamos hacer una comisión, yo y otros cuatro. Vamos los cinco a pedirle...

El maestro no adivinaba aún.

- ¿Qué?

- Le vamos a pedir que dé gratis la pieza a la madre de Simón.

De ese modo quizás él pueda dejar la fábrica y volver a clase.

- Quizás, sí... - y de pronto el maestro se entusiasmó con la idea -

. ¡Muy bien! ¡Sí! Vayan cinco de os más grandes. Hoy mismo a la salida. Yo los acompañaré hasta la esquina. Primero vamos a ver

a la madre que, con el pretexto de vender fósforos, pide

limosna. Averiguaremos quién es el dueño del conventillo, y lo

vamos a ver. ¡Excelente idea! Vos, Ignacio, le pintás la miseria

de Simón, su desgracia... Debe tener un corazón muy duro para no estremecerse...

Averiguaron: El dueño del conventillo era un doctor muy rico que

vivía en el extremo norte de la ciudad. Allí se fueron los

dieciocho muchachos y el maestro. Quedó éste en la esquina y la

comisión de los cinco, con Ignacio delante, llegó a la puerta de la

mansión. Un portero los detuvo.

- Venimos a ver al doctor – explicó Ignacio.

- ¿De parte de quién?

- Una comisión de alumnos.

Trasmitió al asunto a otro portero y éste volvió con la orden de

hacerlos pasar. Apelotonándose, azorados, los chicos

comenzaron a caminar detrás del portero, que los guiaba por

habitaciones llenas de muebles suntuosos, cortinados y

alfombras. En una de ellas hallaron al doctor. Era un hombre

flaco. Las canas blanqueábanle las sienes. El resto de la cabeza

brillaba de calvicie. Estaba de pie, leyendo un papel

atentamente. El portero se había retirado. Los chicos, silenciosos, aguardaban. El doctor siguió leyendo como si estuviera solo.

Después se quitó los lentes y miró al grupo

“- ¿Qué desean?

Ignacio tenía seca la boca. Se sentía terriblemente molesto. Hubiese deseado estar bien lejos de allí; pero era preciso responder a la pregunta. ¿Y quién más que él, el más grande de la clase, podía hacerlo?

Comenzó torpemente:

- Somos los condiscípulos de Simón.

- ¿Simón? – preguntó el hombre - ¿Quién es Simón?

Ignacio comprendió que acababa de hablar en vano. ¿Cómo podría saber aquel rico doctor quién era Simón? ¡Cuántos conventillos no tendría él, acaso! ¡Cómo para acordarse del nombre de sus inquilinos!

La sensación de molestia aumentó en Ignacio. Miró a sus compañeros. Los vio graves, mudos, convertidos en estacas, intimidados, esperándolo todo de él, el más grande de la clase... Se dio cuenta de su responsabilidad, hizo un esfuerzo y volvió a hablar. Explicaba quién era Simón, el sirvientito, dónde vivía, su miseria, la madre que con el pretexto de vender fósforos pedía limosna, acompañadas por dos hijitas, el hijo mayor tuberculoso a los catorce años, la otra hermanita de diez haciendo la comida para todos...

Hablaba como si estuviese dando examen, exponiendo un tema que sabía bien. La dificultad del comienzo, desaparecida totalmente; hablaba con soltura, casi con elocuencia. Lo detuvo una mueca impaciente del doctor.

- Sí, sí; ¿pero por qué me vienen a contar todo esto? ¿Están haciendo una suscripción para esa familia pobre? Apúntenme con cinco pesos.

Sacó la cartera.

- No – dijo Ignacio -. No estamos haciendo una colecta. Venimos a pedirle a usted, que es el dueño del conventillo... ¡de la casa donde él vive! – se corrigió – veníamos a pedirle gratis la pieza.

- ¿Gratis?

- ¡Son veinte pesos por mes! – dijo Ignacio, con un gesto que subrayaba la insignificante suma frente a la suntuosidad que los circundaba.

- No son los veinte pesos mensuales – arguyó el doctor -. ¡Es el precedente! ¡La indisciplina! Hoy es esa familia pobre, mañana será otra, y pasado será otra... Además, yo no tengo que ver

directamente en el asunto. Hay un encargado que corre con eso. Véanlo a él.

- ¿Dónde vive?

- En la misma casa. En la pieza que da a la calle. Pregunten por el encargado. Si él accede... ¡Pero no va a acceder! Sería el desorden. Yo hago caridad, pero en otra forma. Si doy la pieza gratis a uno de los inquilinos, todos los días voy a tener alguno aquí, llorándome y pidiéndome también... Ustedes son muy jóvenes, quizás no comprendan estas cosas... Vean a mi encargado. Buenas tardes.

Los chicos salieron burlados. Comprendían, sí, a pesar de ser muy jóvenes... El maestro, al saber la repuesta del dueño, murmuró:

- ¡Canalla!

Nadie pensó en ir a ver al encargado. Ya presentían la respuesta de éste.

Cabizbajos, seguían al maestro que iba en silencio, sombrío como nunca.

- ¡Tengo otra idea!

Ignacio era el que daba el grito de júbilo. Todos se detuvieron. El la expresó, hablando a borbotones:

- Somos dieciocho. La pieza vale veinte pesos. Cada cual pedimos un peso por mes en nuestra casa. Son dieciocho pesos. El maestro pone dos. ¡Ya están los veinte pesos! Le pagamos la pieza y Simón podrá volver al colegio. ¿Qué les parece la idea?

- ¡Muy buena! – afirmó el maestro resueltamente -. ¡Muy buena! – subrayó, palmeando la espalda del niño -. Veo que sos un hombre de inventiva. No te ahogás en un vaso de agua. ¡Muy bien!

Los demás chicos aprobaron con alegría, solidarios en el anhelo de hacer bien. ¡El problema estaba resuelto!

La vida no es tan blanda como el anhelo de hacer bien, brotado en el alma de un niño, lo imagina. El problema no estaba resuelto. Quién primero halló la dificultad fue Ignacio. Al sentarse a comer, expresó a su padre el pedido. Este, un hombre grueso y tosco, hizo un gesto de negativa. Ignacio detuvo su peroración, asombradísimo. ¿Cómo? ¿Su padre se negaba a darle un peso mensual para el discípulo pobre? ¿Su padre, rico comerciante, dueño de un negocio que ocupaba tres pisos, toda una esquina? Se detuvo, esperando que hablara, que explicase los motivos. El hombre comía inclinado sobre la mesa, con los carrillos abultados. Le preguntó al fin:

- ¿Pero no vas a dar, es cierto que no vas a dar?

El padre se encolerizó. Sacándose la servilleta, tragó entero el bocado que le llenaba la boca, y empezó a gritar:

- ¿Te crees que yo estoy dispuesto a ser el hazmerreír de algún pillo? ¿Vos te crees que ese dinero va a ir a manos de la viuda? ¡Estoy seguro que el maestro se queda con la mitad, por lo menos! ¡Linda idea se le ocurrió a ese pillastre para aumentarse el sueldo!

- La idea se me ocurrió a mí – dijo Ignacio con orgullo.

- ¿Y él la aprobó, eh? – preguntó el padre, con ironía.

- ¡Sí!

- ¡Cómo para no aprobarla! ¡Si había un sonso que le ponía el bocado en la boca! ¡Pues! No tenía más que abrirla. ¡Estúpido! ¿Hasta cuándo vas a ser así? Salís a tu madre. Así era tu madre. Siempre queriendo dar limosna, y dando de lo que a mí me costaba ganar. ¿Creés que yo robo lo que tengo? Si ese chico Simón no tiene plata para estudiar, ¡qué trabajo, pues! ¡Alguno tiene que ir a la fábrica! No todos pueden ser doctores. ¿Eh? ¿No te parece que tengo razón?

Ahora, el que comía a dos carrillos, inclinado sobre la mesa, era el niño.

El hombre volvió a preguntar:

- ¿No te parece que tengo razón?

E insistió:

- ¿Eh?

No obtuvo respuesta.

* * *

Pero, ¿cómo decir al maestro: mi papá no quiere darme el peso mensual? ¿Cómo fallar él, al que se le había ocurrido la idea, al más grande de la clase?

Lentamente, como si tuviese que hacerlo a empujones, iba Ignacio camino del colegio. Sus tribulaciones, enredándosele en los pies, le impedían caminar. Pensaba. ¡De súbito halló la solución! Y echó a correr, como quien saliendo de un barrial salta a un camino viable. Corrió hasta el boliche de un ruso vendedor de libros.

- ¿Cuánto me da por éste? – y puso sobre el mostrador su hermoso libro de lectura, lleno de láminas en colores.

El mercader, un viejo barbudo, lo observó atentamente, lo dio vueltas, lo hojeó, y sin mirar al niño, propuso:

- ¡Noventa centavos!

¡Noventa centavos! ¡Un libro casi nuevo que costaba cinco

pesos!

- ¡Si me paga un peso se lo doy!

El mercader sacó un peso y lo puso delante del niño. Ignacio salió corriendo, hirviéndole de alegría la generosa sangre juvenil. Llegó tarde al colegio; ya estaban en clase. Entró como un viento de primavera, enarbolando el papel de un peso. Lo puso en el pupitre del maestro.

- ¡Aquí está!

El maestro lo acogió fríamente:

- Guardalo.

- ¿Por qué?

- Ha fracasado tu idea. Con vos serían cuatro los que han conseguido el peso, más los dos míos son seis. Faltan catorce. Ha fracasado tu idea.

Ignacio lo miró como si no comprendiese. Después murmuró, antes de ir a su banco:

- Yo sé lo que voy a hacer.

- ¿Y qué vas a hacer? – exclamó el maestro melancólicamente -.

¿Qué vas a hacer? El destino quiere que el pobrecito no siga estudiando. Nos queda la satisfacción de pensar que hemos hecho lo posible para salvarlo de la fábrica. ¡Qué vamos a hacer!

- Yo sé lo que voy a hacer – murmuró de nuevo Ignacio.

En el recreo, los chicos lo acosaron a preguntas.

- ¿Qué vas a hacer?

- ¡Yo sé! – respondía misteriosamente.

- ¿Qué vas a hacer?

- ¡Ya verán! ¡Ya verán cuando salgamos a las doce! ¡Ya verán!

Al salir, todos se fueron tras de él, haciendo cálculos sobre lo que haría. Ignacio, muy grave, poseído de la importancia de su situación, seguía adelante, sin contestar a las preguntas de los impacientes. Sobre sí, había cargado la responsabilidad de hacer justicia. ¿Era el más grande la clase o no lo era? ¡Lo era, sí!

¡Bien! ¡Haría justicia, entonces! Plena justicia bilateral, como la entiende el niño: premiar al desventurado y castigar al perverso. Entró a la librería del ruso. Tirando sobre el mostrador todos los libros, preguntó:

- ¿Cuánto me da por todo?

El viejo los examinó detenidamente. Y propuso:

- ¿Tres pesos y cincuenta centavos?

- Sí.

Recibió el dinero y volvió a salir, grave y silencioso siempre; seguido del grupo cada vez más intrigado de sus compañeros que ya lo admiraban. Su gravedad, su silencio, el acto que

acababa de realizar, sencillamente con actitud heroica, en las imaginaciones infantiles, donde la luz de una bujía se hace arco iris, tomaba contornos de sacrificio.

Ignacio anduvo hasta llegar a la esquina donde la madre de Simón, sentada en un umbral, con su cajón de fósforos delante y sus dos desgredadas, sucias y harapientas chiquillas al lado, vendía o pedía limosna.

- Deme una caja de fósforos – pidió Ignacio. La recibió, guardola y dejó en la mano de la mujer los cuatro pesos y medio que llevaba. Se alejó.

La mujer le gritaba:

- ¿Gracias, niño! ¡Dios se lo pague, niño!

Y calló asombrada. Uno después de otro, los tres chicos que habían llevado el peso, también le decían:

- Deme una caja de fósforos.

Y le entregaban un peso cada uno.

- ¡Gracias, hijitos, muchas gracias todos! ¡Dios los va a premiar! – gritaba la mujer, lastimeramente.

Ya Ignacio iba veinte metros adelante, solo. Tuvieron que correr para alcanzarlo. Los chicos que habían dado el peso se le colocaron a los lados, los demás siguiendo a los cuatro héroes.

- ¿Y ahora?

- ¿Ahora? ¡Yo sé! ¡Vengan! ¡Ahora va a ver lo lindo!

Recogió dos piedras del suelo y siguió andando, siempre grave, en silencio y misterioso. Uno de los chicos que también había dado el peso, también tomó dos piedras. Recogió dos piedras otro. Y enseguida los demás, todos recogieron dos piedras, sin saber por qué, ni porqué dos y no tres ni una.

Y siguieron andando, animosamente, poseídos de que algo harían. Porque un niño que lleva dos piedras en los bolsillos y sigue al más grande de la clase, es capaz de enfrentarse con un dragón, de esos de los cuentos mentirosos de las abuelas...

Ignacio había llegado a la casa del rico doctor, el dueño del conventillo. Sacó sus piedras y, resueltamente, tiró a un cristal. La erró. Tiró la otra. El cristal partiose y cayó estrepitosamente. Una andanada de piedras cayó sobre los demás cristales de las ventanas.

Ahora los dieciocho muchachos corrían.

Ignacio, como siempre, iba adelante.

Sustituir la disciplina fundada completamente en la responsabilidad del maestro, por una disciplina fundada sobre la responsabilidad del niño, es trabajo largo y difícil, pero hay que hacerlo.

ANGELO PATRI

Los veinticinco chiquilines del segundo grado se hallaban a la merced del capricho. Y el capricho se personificaba en un maestro alto, nervioso y calvo que miraba detrás de dos cristales gruesos de miope, tan gruesos que quitaban toda la expresión a sus pupilas. El capricho, además, tenía una regla en la mano. La *palmeta** o el *chicote*** hubieran resultado anacrónicos en el siglo XX. Por otra parte, la regla no es un instrumento de tortura, como el chicote o la palmeta: es un instrumento de trabajo. Esto quitaba todo lo que de odioso pudiese tener su presencia sobre el pupitre del maestro, aun cuando, a veces, los días en que el maestro se sentía malhumorado, en la punta de la regla incrustaba una chinche. La regla entonces golpeaba y pinchaba. Y cada golpe era un surco que abría en el alma del niño castigado; un surco de humillación en el que arrojaba el pinchazo: una semilla de odio.

- ¡A ver, muchachos! – dijo el maestro – hagan esta multiplicación.

Y escribió en la pizarra que cubría un muro de la clase:

987654321 X9 =

En seguida agregó:

- El que se equivoque se llevará un reglazo. Y al que tarde más de cinco minutos, ¡un reglazo!

Los chiquillos comenzaron a multiplicar. Y el maestro también.

Acabó éste y dijo:

- ¡Ya está!

Saliendo de su pupitre, comenzó a pasearse para que no copiaran. A pasearse reloj en mano:

- Van tres minutos, van cuatro minutos...

Los chicos iban entregándole los cuadernos. Confrontaba los resultados con el obtenido por él, y riéndose, anunciaba:

- ¡Un reglazo para uno! ¡Un reglazo para otro!

- ¡Cinco minutos! ¡De pie todos! El que no terminó, ¡un reglazo!

Tres niños, ya habituados a la afrenta, alargaban las manitas para recibirlo: no habían terminado en los cinco minutos.

El maestro inició la serie con ellos. Después dijo:

- ¡Se han equivocado todos! ¡No hay ningún resultado bien!
Vayan pasando a recibir su reglazo.

Y sentose en su pupitre para administrar el castigo más cómodamente.

Los chiquillos fueron pasando ante él. Al recibir el reglazo, algunos reían y, sacudiéndose la mano, exclamaban:

- ¡No duele!

Estos eran los cínicos. Los había estoicos: muy serios alargaban la palma, recibían el reglazo y se daban vuelta, camino del pupitre. Luchín se hallaba entre éstos. Luchín era un niño rubio, de ojos pequeños y pardos, que miraban con vivacidad. Ocho años, nervioso, delgadito, endeble. Sobre los ojos, una alta frente abovedada prestábale dignidad a la faz insignificante.

Debajo de la nariz, una boca pequeña ponía un rictus voluntarioso en su cara pálida. No era bello, pero su expresión era armoniosa. Se presentía en él un alma no vulgar.

Dados los veinticinco reglazos, el maestro proclamó el resultado obtenido por él:

- 87.888.888.890.

Luchín gritó:

- ¡Está mal!

- ¡Un reglazo por decir que está mal! – ululó el maestro.

Luchín protestó:

- Sí, está mal. ¡Usted se equivocó!

Saltando de su asiento, corrió a la pizarra y comenzó a multiplicar. Obtuvo este resultado:

88.888.888.890.

- ¡Igual que yo! – gritó un chico

- ¡Y yo!...

- ¡Y yo!...

- ¡Y yo!...

Quince niños, de pie, enarbolaban, triunfantes, sus cuadernos.

Algo avergonzado, el maestro revisó la cuenta que Luchín acababa de hacer en la pizarra, y reconoció:

- ¡Está bien! Sí, yo me he equivocado.

En la clase se levantó un murmullo de satisfacción. Algunos alardeaban.

Luchín dijo:

- ¿Y ahora?...

- ¿Y ahora, qué? – preguntó el maestro, irritado.

- Ahora, ¿qué hacemos con el reglazo que usted nos pegó injustamente?

- ¡Oh! ¡Se lo guardan en el bolsillo! – respondió el maestro,

bromeando.

Un chico propuso:

- Sí, señor, lo guardamos y cuando alguno merezca un reglazo, usted no se lo da. Se lo cobra de éste.

- Ahí tienen. ¿Ven? Llevan un reglazo adelantado – siguió el maestro, bromeando siempre.

Luchín, que no se había movida de junto a la pizarra, murmuró algo que no se oyó bien, pero su actitud de protesta inquietó al maestro:

- ¿Qué dice? ¿Qué está rezongando usted?

- ¡Digo que eso no está bien!

- ¡Ah! ¿Con que no está bien? – preguntó el hombre, irónicamente.

- ¡No! – insistió Luchín -. ¡Eso no es justo!

- ¡Ah! ¿Y qué es justo?

- ¿Justo?: que cada uno de nosotros le de un reglazo a usted.

Somos dieciséis los que hemos sacado bien la multiplicación.

Usted se debe llevar dieciséis reglazos...

El hombre se había puesto de pie. A cólera le envilecía el rostro. Le tironeaban las venas del cuello que se le saltaban.

- ¡Ahora es usted el que va a llevar dieciséis reglazos! ¡Dieciséis reglazos por irrespetuoso! ¡Ponga la mano!

- ¡No! – gritó Luchín, y dio un paso atrás, dispuesto para la resistencia.

El hombre lo apresó de la camisa.

- ¡Ponga la mano!

- ¡No pongo nada!

- A ver, Rodríguez, Pineti, Masa... - llamó a tres chicos, los más grandes -. ¡Sujétenlo!

Los chicos se precipitaron sobre Luchín, que comenzó a rechazarlos, pegándoles puntapiés, furibundo. Impotentes, lo soltaron. Pero al hombre le rechinaban los dientes. La voz se le había hecho sorda. Llamó a otros. Algunos se prestaron de propia voluntad. Entre diez niños consiguieron, al fin, sujetar al rebelde y tenerlo con el brazo extendido para que recibiese los reglazos. Luchín, ya inmóvil de pies y manos, mordía.

- ¡Pónganle una mordaza! – ordenó el maestro.

Rápidamente, un chico le ató un pañuelo sobre la boca y se lo ató en la nuca:

- ¡Ahora estire la mano! – ordenó el maestro.

Luchín cerró el puño.

Y sobre el puño cerrado, el hombre comenzó a golpear, lentamente, contando en voz alta:

- ¡Uno, dos, tres!...

Dio los dieciséis reglazos, y ordenó:

- ¡Ahora, sáquenle la mordaza, suéltelo y cada cual a su asiento!

Luchín quedó solo en medio de la clase.

Humillado, dolorido, hubiese escapado; pero el hombre le interceptaba la puerta. Entre los nudillos del índice y el mayor apuntaba una gota de sangre. Instintivamente, la chupó. Un sentimiento confuso de vergüenza, de asco y de odio se había apoderado de él. Tenía la sensación de que acababa de hacerse víctima de una terrible injusticia. Y también de que era débil para vengarla.

La injusticia, así, iba a quedar impune. ¿Dónde había visto esto? En ninguna parte. En todos los cuentos que él leyera, el malo – dragones, brujas – al fin queda castigado y el bueno – hadas, príncipes – triunfa.

Pero en la vida, cuando el injusto, el malo, era un maestro y el bueno, el inocente, un niño, no ocurría eso. ¿Por qué?

El odio, el asco y la vergüenza hervían dentro de él, y lo afiebraban. Vergüenza por su debilidad, asco por sus compañeros, odio contra el hombre que lo acababa de golpear injustamente y con la ayuda de todos. La clase, en silencio, esperaba que él hiciese algo.

Y Luchín se arrojó topando contra la puerta. El hombre lo rechazó brutalmente. Las espaldas del niño golpearon contra el pupitre. Sin llorar, Luchín tomó el camino de su asiento. Allí, oculta la cara, e echó sobre el banco.

El hombre, vencedor, se sentó en su pupitre. Dijo:

- Así aprenderás a obedecer.

Luchín comenzó a llorar con profundos sollozos que lo ahogaban.

El maestro bromeó:

- Bien: tendremos clase con música.

Casi todos los niños rieron.

Luchín levantó la cara roja, se limpió las lágrimas y, haciendo un inaudito esfuerzo, habló:

- ¡No lloro!

- Bueno – siguió bromeando el maestro -. Se suspendió la orquesta.

Casi todos los niños volvieron a reír, más ruidosamente, sin ganas, sólo para congraciarse con el maestro.

- ¡Basta! – ordenó éste -. Saquen los cuadernos, voy a dictar.

Y mientras los otros se preparaban, él se dirigió a Luchín:

- ¿Aprendió a ser obediente? ¿Qué me mira con esos ojos de

asesino?

El niño no le respondió. Cargado el pecho de sollozos, se le subían a la garganta, y tragábales para no llorar, aunque cada vez que tragaba uno, le dolía la garganta.

El hombre insistió:

- ¿Ha aprendido a obedecer?

El niño, sin responderle, no dejaba de mirarle con inflamado odio.

Acababa de descubrir algo. ¿Qué? Luchín sentía la sensación neta de que acababa de aprender algo, aunque este algo no era “a obedecer”, como lo suponía el maestro. En ese instante, Luchín no podía precisar qué acababa de descubrir – a los ocho años – qué acababa de aprender en la clase de una escuela. ¡Y acababa de descubrir algo que no olvidaría jamás! Ahora no sabía qué era. Después lo sabría. Después descubriría que era esto:

La justicia administrada con violencia, es injusticia. Que al rebelarse contra el más fuerte, el más fuerte recluta los verdugos entre los oprimidos. Y estos descubrimientos, aún confusos en el alma de Luchín, lo llenaban de odio y de asco. También de dolor y de tristeza. Siempre es triste y doloroso hacer tales descubrimientos, conquistar esa amarga sabiduría; pero lo trágico de ese dolor, lo inaudito de esa tristeza, es que lo hombres civilizados, no se espanten ni se avergüencen de que eso pueda ser aprendido en la escuela y descubierto por un niño de ocho años.

El maestro dictaba. Luchín comenzó a llorar nuevamente. Y el hombre bromeó:

- ¡Otra vez tenemos orquesta!

Casi todos los niños volvieron a reír. El atribulado levantó la cabeza. Observó. Sólo dos chicos no reían. Por el contrario, en su seriedad, en sus miradas, en la mueca que contraían sus bocas, Luchín leyó la compasión y la cólera. Les dijo:

- ¡Con ustedes dos soy amigo! ¡Nada más! ¡A ninguno de ustedes – uy abarcó el resto de la clase, desdeñosamente -, les hablo más!

Unos se encogieron de hombros. Alguien dijo:

- ¿A mí qué me importa?

Intervino el maestro. Dio un fuerte reglazo contra el pupitre, y conminó:

- ¡Silencio!

Todos callaron menos Luchín. Este dijo:

- Ya lo saben. ¡Ninguno de ustedes me hable más!

- ¡Silencio! – volvió a gritar el maestro, y se irguió, amenazante. Luchín lo miró a los ojos, sonriente y tranquilo. No dijo nada. Y el hombre se turbó. Acababa de leer todo el desprecio que inspiraba al niño. Bajando la vista, ordenó seguir la clase:

- ¡Escriban!

Comenzó a dictar. Su turbación era tan evidente que algunos miraron a Luchín sorprendidos. ¿Qué pasaba? Este sonreía, satisfecho. Acababa de aprender algo más, también infusamente. Alguna vez sabría qué era esto: dos puños todopoderosos nada pueden contra un espíritu. Porque el espíritu es luz, luz que está en lo alto, fuera del alcance de los puños. Cae sobre ellos y no los quema. Los ilumina. Pero los ilumina de tan misteriosa manera que los puños terminan por sentir vergüenza de ser puños.

Pasaron unos minutos. Con el silencio la herida de Luchín volvió a abrirse. Su sensibilidad comenzó a sangrar de nuevo, y lloró. El maestro nada dijo; pero algunos niños rieron. Buscando la broma o para congratularse con él, uno dijo:

- ¡La orquesta otra vez!

- ¡Cállese! – le gritó el maestro.

Después quiso decir algo a Luchín que, doblado sobre el pupitre, sollozaba, ahogándose, como si acabaran de castigarle. No pudo decir nada. Y siguió dictando; pero su voz había enronquecido.

** Instrumento utilizado antiguamente en las escuelas para golpear a los niños en la mano.*

*** Látigo, azote largo.*

LOS CINCO MUCHACHOS

El secreto de la educación consiste en respetar al alumno.

EMERSON

Al salir de la clase de primer año donde enseñaba matemática, el director del Instituto buscó al celador que aguardaba en el patio.

- Hágase cargo de la clase – le dijo – faltan diez minutos pero no me siento bien... ¡Ah!, sobre el pupitre queda la lista de los penitenciados.

El celador corrió a la clase. Su primera mirada fue para el pupitre de los profesores, a buscar la lista de los penitenciados.

No estaba. Su voz tembló de cólera.

-¿Dónde está la lista de los penitenciados que el director dejó sobre el pupitre?

Y recorrió la clase con pupilas inquisidoras, palidísimo. Hubiese torturado uno a uno, a todos, a fin de arrancarles la confesión. Los muchachos callaban, burlones, despreciativos ante ese hombre demasiado simple y a quien su desmesurada cólera ponía en ridículo.

El celador gritaba sin cesar de buscar, aun, entre los papeles de la carpeta, bajo el pupitre, hasta en los cajones.

-¡Si no aparece la lista se quedan todos en penitencia, todos en penitencia!

Todos protestaron ruidosamente. Dando golpes sobre el pupitre, el celador gritaba:

- ¡Silencio! ¡Todos se quedan, todos!

Apareció el subdirector en la puerta. Los muchachos calláronse. Era un joven calvo, de ojos verdes que brillaban inteligentemente tras los cristales de los anteojos. Era hijo del director y estudiaba filosofía y letras. En el colegio tenía fama de sabio. Los alumnos de los años superiores, con quienes él conversaba amigablemente y a quienes socorría en sus dudas, se encargaban de imponer su nombre al fácil asombro de los más chicos. ¡Si lo decían los de 5º Año! ... Y lo respetaban. La admiración y el respeto, en el alma del niño, se confunden. El niño no puede admirar lo malo, como hacen los hombres.

El haría justicia. La resolución del celador era demasiado vulgar para que la aceptaran: ¿Por qué hemos de pagar justos por pecadores?, había dicho uno. El lugar común les había parecido de una lógica convincente. Quince muchachos repetían la frase, obstinados.

- ¿Qué ocurre aquí, por qué gritan? – preguntó el subdirector. Entre el celador y dos o tres alumnos le explicaron. El joven sonrió. La disputa del hombre empeñado en hacer cumplir la penitencia y el tesón de los niños, el mayor de los cuales tenía catorce años, le interesaba.

- Está bien – dijo -. No se quedará toda la clase.

Un murmullo de aprobación y de victoria se alzó como un viento, arremolinándose en torno del demudado celador. Este se debatía aún:

- Usted sabe cómo es el director. Usted sabe que quiere que se cumplan sus órdenes. Usted sabe que...

El otro comprendió que tenía miedo de jugar sus sesenta pesos mensuales, casa y comida. Tranquilizándolo, lo interrumpió:

- Déjeme a mí. Yo cargo con la responsabilidad.

- ¡Ah, si es así, está bien! – exclamó satisfecho, casi alegre, como un hombre que acaba de andar con cien kilos al hombro y de súbito halla quien se le ofrece a llevarlos por él.

Se sentó a presenciar el espectáculo: a ver cómo se las compondría el subdirector para conformar aquel montón de muchachos que a sí mismos se adjudicaban todos los derechos del hombre, sin dejar de portarse como chicos. ¡A ver cómo hacía para hacer cumplir la penitencia!...

El subdirector lo llamó aparte, a la puerta de la clase, y le enseñó la libreta de calificaciones:

- No sé cómo no se le ha ocurrido, es muy fácil averiguar quiénes son los penitenciados. Mire, son: Fernández, Peri, Portela y Rando. Mi padre tiene la costumbre de hacer copiar la lección al que no la sabe.

- ¡Es verdad! ¡No se me había ocurrido! – exclamó el celador, abriendo los ojos. Su mirada envolvió al joven en una nube de admiración y reconocimiento. Y gozoso:

- ¡Qué chasco se van a dar ahora cuando diga: Fernández, Portela, Peri y Rando se quedan a copiar la lección! ¡Los demás salgan! – y rio de gozo; pero volvió adusto:

- ¡Ah! ¿Y quién robó el papel? ¿Cómo haremos para descubrir quién robó el papel? ¡Porque uno de esos cuatro ha robado el papel! ¡El que robó el papel debe copiar dos veces la lección, en lugar de una! ¿eh? ¿Qué le parece? ¿Cómo haremos para descubrir quién robó el papel? Porque ellos no van a confesar...

El joven no lo escuchaba, lo interrumpió:

- Déjeme a mí. Quiero hacer un experimento. Usted no les diga nada que ya sabemos quienes son los penitenciados. Uno a uno, por lista, los va a ir mandando a mi escritorio, con sus útiles y u gorra, como para salir. Cada vez que yo toque la campanilla, me manda uno. Los voy a interrogar.

Y se alejó hacia su escritorio, a tiempo que el celador entrando en la clase, decía:

- Alvarez, tome su gorra y sus útiles y pase al despacho del subdirector -. Al llegar Alvarez al despacho del subdirector, éste le dijo:

- Váyase a su casa.

Tocó la campanilla. Pronto apareció otro alumno, al que despachó también. Y fueron desfilando hasta Fernández, uno de los que seguramente figurarían en la lista de los penitenciados.

El subdirector le habló:

- Usted era uno de los penitenciados.

El niño hizo un ademán negativo.

- No niegue porque lo sabemos. Si confiesa quienes eran los otros, usted queda libre.

El niño agachó la cabeza.

- ¿No confiesa?

- Yo estaba, sí.

- Eso ya lo sabemos; los otros, deme el nombre de los otros.

Lentamente, deletreando, el niño comenzó:

- Por... Por... Portela.

Y calló.

- Muy bien. Portela es uno, ¿y los otros?

El niño callaba. Sólo había podido decir un nombre.

“Seguramente – pensó el subdirector – el del condiscípulo que le es antipático”. A los demás le era imposible delatarlos. El subdirector interrogó otra vez:

- ¿Usted no lo quiere a Portela?

- ¡No! Siempre está pegando a los demás chicos.

- ¿Y no quiere decir los otros nombres?

El niño volvió a agachar la cabeza.

- Está bien. Vaya a la clase y espere.

* * *

Volvieron a desfilar los niños, que el subdirector despachaba.

Llegó Peri, otro de los presuntos castigados. Cohibido, como Fernández, se presentó al subdirector dando vuelta a la gorra.

- Usted era uno de los penitenciados.

El chico se irguió. Agresivo, por sus pupilas cruzó un relámpago de odio. Dijo:

- ¡Fernández también Fernández tampoco supo la lección!

El subdirector sonrió, presintiendo lo que acababa de pasar por el alma del niño. Este, al ver que Fernández había vuelto a la clase, y no los otros

creía que lo había denunciado. Era imprescindible sacarlo del error:

- ¿Usted cree que Fernández lo ha denunciado, verdad?

- Sí, señor.

- Está equivocado. Mire cómo lo hemos sabido. ¿Ve la libreta?

Fernández, Portela, usted y Rando tienen cero.

- ¡Ah! – dijo el chico. Evidentemente, saber que el compañero no lo había denunciado, lo alegraba.

- ¿Estos son los penitenciados?

- Sí, señor.

- ¿No hay otros?
- No, señor.
- Está bien, vaya a la clase y espere.

* * *

... Sonó el timbre.

Inmediatamente se presentó Portela. Era un niño de aspecto simpático, ojos muy vivos. No se presentó temeroso y balbuceando, como los otros dos. Sonreía y miraba de frente al subdirector.

- ¡Usted es uno de los penitenciados!
- ¡No, señor!

Y quedaron mirándose. No pestañeó el muchacho sonriente. Y dijo: ¡Ja!

El subdirector se mordió el labio. De buena gana le hubiese limpiado la sonrisa de un bofetón. Se contuvo, naturalmente. Le dio la espalda, caminó unos pasos y, una vez que hubo recobrado la serenidad:

- Yo sé que usted es uno de los penitenciados.
- ¡No, señor! – respondió el otro -. El que se lo ha dicho, ¡miente!
- ¡Cállese! No me interrumpa. Nadie me lo ha dicho. Yo sé que usted es uno de los penitenciados. (El niño no dejaba de negar con la cabeza). Si usted me dice quienes son los otros, queda libre.

El muchacho respondió con toda seguridad, como si dijese la cosa más sencilla:

- Yo, Rando, Fernández y Peri teníamos que copiar la lección, porque no la supimos. Rosas tenía que copiar la de mañana, por mala conducta.

Rosas fue el que sacó el papel y lo rompió.

Siempre sonriendo, se quedó mirando al subdirector, que lo observaba.

Hubo una pausa.

- Vaya a la clase.

El chico protestó:

- Usted me dijo que si yo daba los nombres de los penitenciados... y ahora... ¿Si yo hubiera sabido que usted no iba a cumplir su palabra, no decía nada!

- El subdirector tuvo un gesto de ira:
- ¡Sí, váyase nomás, váyase a su casa!

- Hasta mañana, señor.

Y se alejó alegremente.

Antes de tocar la campanilla, el hombre quedó un rato pensativo. Una arruga de disgusto le partía la frente...

¡Trin! Apareció Rando. Era delgadito y rubio, de aspecto insignificante. Se presentó con una evidente timidez.

- ¿Usted es uno de los penitenciados?

El niño callaba. El subdirector aseguró:

Usted es uno de los penitenciados por no saber la lección. ¿Eh?

El chico levantó la cabeza.

- Sí, sí, señor.

- ¡Bien! Si usted me dice quienes son los otros, queda libre.

El niño volvió a bajar la cabeza, confuso. El subdirector lo vio enrojecer, ponerse pálido. Comprendió que en aquella alma infantil luchaba alguien

contra algo. Quiso ir hasta el fondo de su experimento; insistió:

- ¿Usted sabe el nombre de los otros?

El niño calló un segundo. De pronto irguióse, transformado.

Había perdido toda su timidez. Con voz fuerte, respondió:

- ¡Sí!

El subdirector observó para consigo mismo que le había dejado de llamar "señor".

- Bueno, si sabe los nombres de...

- ¡No! – lo interrumpió enérgicamente el chiquillo, siempre mirándole a la cara, casi desafiante.

- ... Usted quedará libre...

- ¡Yo no acuso!

Los ojos le chispeaban. Ya era otro chico. Había perdido su aspecto insignificante. El subdirector comprendió que ante él no tenía un niño de doce

Años, temeroso de su autoridad; frente a él se había erguido un espíritu, como una llama que se ocultase en aquel cuerpecillo frágil. Y sentía su calor, veía su luz.

Quiso hablar aún, pero el niño no le dejó hablar:

- ¡Yo no acuso! – Repetía - ¡Yo no acuso, yo no acuso!

El subdirector vio en la mirada, en el rictus de la boca del niño, pintado el desprecio. El desprecio hacia él, hacia el hombre que pretendía arrancarle

una delación a cambio de un beneficio. Y experimentó

vergüenza. Necesitó recuperar la estimación que el chiquillo ya no sentía por él.

Le alargó la mano:

- ¡Muy bien, amigo! ¡No acuse, muy bien!

Y comprendió que volvía a engrandecerse ante el niño, porque éste recuperaba su timidez.

- Vaya a la clase.

- Sí, señor.

Este “señor” reconquistado, alegró al hombre.

Volvió a tocar el timbre.

* * *

Apareció un chico, después otro. El subdirector quedó pensando. Rando había borrado en él, como un viento que barre las nubes, la impresión

penosa que había dejado Portela. No deseaba volver a experimentarla. Bien hubiese querido dejar allí la prueba....

Al fin se presentó Rosas: el acusado de haber escondido el papel. Era un muchacho recio, de facciones toscas, desgredado.

- ¿Usted sacó el papel, verdad?

El muchacho bajó los ojos, dudó y, por último, negó con señas. Nada más.

- Es inútil que niegue; Portela me dijo que usted lo había sacado. El recio muchacho apretó los puños y por sus negras pupilas pasó el odio iluminándolas.

- Confiese, ¿usted sacó el papel?

- Sí, señor.

- Supondrá lo que esto significa. Usted será penitenciado una semana entera. Pero si usted me dice quienes eran los otros de la lista, no tendrá penitencia. ¿Quiénes eran?

El muchacho, con los ojos en el vacío, luchaba; se le veía en la contracción de los labios. El hombre volvió a insistir:

- Diga quienes eran los otros, sino...

El muchacho se había llevado las manos a la cara, y, ocultándola en ellas, lloraba.

El hombre no esperaba esto.

- ¿Por qué llora? No es para llorar. Dígalos...

Limpiándose los ojos, sin mirarlo, el chico balbuceó:

- ¿Y ellos..., ellos van a saber que yo?...

Se detuvo y volvió a llorar más fuerte que antes.

- A ver, amigo, no llore. Si no quiere, no diga.

- Pero... pero... ¿Me voy a quedar una semana si no digo?

El subdirector no comprendía. Algo ocurría a ese niño. Luchaban en él fuerzas extrañas. No quería denunciar, le repugnaba

aparecer como delator

ante sus compañeros. No presentaba el descaro de Portela, que ante la perspectiva de quedar libre no dudó absolutamente. Este otro

luchaba. Quiso hundirse en él por completo. Le respondió:

- ¡Ah, sí! Su acción es grave. Si no dice quienes son, tendrá para una semana de penitencia.

- Son... son... son... Portela... Fernández... Peri...

Y volvió a llorar incontinentemente.

- ¿Y Rando?

Ahora el chico realizó un esfuerzo:

- No sé... creo que no... no sé.

Quedó anonadado.

Para el subdirector, esta alma seguía siendo un enigma.

Denunciaba repugnado, comenzando por el que menos quería, y no haciéndolo con Rando.

Pero se veía también que la amenaza de la penitencia por una semana le hubiese hecho decir cualquier cosa, acusar a cualquiera, hasta mentir. El

miedo presionaba en él. Inquirió:

- ¿Por qué no quería que sus compañeros supiesen?...

Súbitamente, el muchacho desnudó su alma:

- Yo no hubiese dicho nada. No me gusta acusar... Pero si me ponen en penitencia, mi papá me mata a palos. ¡Por favor! No les diga a ellos que

yo... Si no fuese porque papá... ¡No les diga, señor!

- No diré nada. ¡Pero no llore más, amigo! ¡A ver! ¡Levante la cabeza! ¡No llore! ¿Quedan más alumnos?

- Sí, señor.

- Dígale al celador que los haga ir y que cuando yo toque el timbre venga con Fernández, Peri y Rando. Usted vuelva también.

Salió. Pronto apareció con los otros chicos y el celador. Rosas, abandonado sobre la silla, miraba el vacío, fuera de sí, absorto.

- Amigos – dijo el subdirector – Se van a ir como se fue Portela.

El se fue porque dijo quienes eran los penitenciados. El fue el único que acusó.

Pueden retirarse.

- Si el director se entera...

- No se enterará. Y, por otra parte, le aseguro que Rosas ha pasado un momento que más le hubiese valido quedarse un mes en penitencia.

- Usted sabrá – dijo el celador, encogiéndose de hombros. Y

alejose, disgustadísimo, murmurando -: ¡Esto es una
indisciplina!

Fernández, Peri y Rando habían dicho “hasta mañana” y ya
salían.

Rosas no se movió. El subdirector, al hablar, le había puesto una
mano en la cabeza. Y el chico estaba allí aún, con los ojos sin
mirar nada.

- Esté tranquilo, amiguito – le habló el subdirector -. Usted no ha
denunciado, su miedo es el que habló, y su miedo no es usted,
es una cosa que

está fuera de usted, lejos de su espíritu. ¿Me entiende?

- No, señor.

- Bueno, hasta mañana. Váyase pronto, no sea que su padre...

Yo tengo que hablar con su padre. Hasta mañana.

En la puerta encontró a Rando que lo esperaba. Ya Fernández y
Peri se alejaban juntos, hacia la derecha. El, con Rando,
acostumbraba a salir para

el mismo lado. Dejaba en la puerta de la casa al otro, y él
seguía. Ahora su amigo lo aguardaba, para ir juntos, como todas
las tardes.

- ¿Vamos? – Dijo al verlo - ¿Vos lloraste?

Rosas no sabía qué pasaba por él. Hubiese necesitado decirle
todo, tal como ocurrió, decirle que él los había denunciado por
miedo a la paliza del

padre... No se atrevió. Pero tampoco podía ir al lado del otro.

Sentía vergüenza de ir con él, necesitaba estar solo...

Rando insistía:

- Se te conoce que has llorado. ¿Por qué lloraste?

- ¡Qué se yo!

- ¿Vamos?

- No.

-¿Por qué?

Rosas mintió:

- Ya no vivo de ese lado. Hoy nos mudamos. Ahora vivo para
allá. Hasta mañana.

Y se fue precipitadamente.

El chiquillo quedó mirándolo alejarse, y exclamó:

-¡Qué lástima!

* * *

Al día siguiente, Rosas llegó un poco tarde. Encontró a sus
compañeros en conciliábulo. Le participaron lo resuelto: darle

una paliza a Portela., entre los cuatro, al salir de la clase.

La idea se le había ocurrido a Fernández, que era el más entusiasmado y el que la introdujera en la intención de los otros. El habló a Rosas:

- Sí, tenemos que darle una buena paliza. Por chismoso. Así aprenderá a no delatar. Esta tarde lo seguimos, lo agarramos en la cortada y le damos una buena tunda entre los cuatro.

- No.

- ¡¿QUE?!

- Yo, no – dijo Rosas.

- ¿Por qué?

- ¿Tenés miedo? – preguntó Fernández.

- Nosotros te ayudamos – insistió Peri.

- No.

- ¿Por qué?

- No.

- ¡No importa! ¡Entre nosotros tres se la damos! No te creíamos tan...

- ¿Tan qué? – interrogó Rosas, agresivo.

El otro calló intimidado.

- Bueno, si no querés pelear, no pelees...

- ¿Entonces?

- Nada.

- ¿Pero te parece lindo lo que ha hecho? – preguntó, a su vez, Rando -. ¿Te parece lindo? Uno que delata así a los compañeros, se merece, no

digo una paliza, ¡trescientas sesenta y cinco palizas al año! ¡Una paliza por día! ¿No te parece?

- ¡Claro que sí! – agregó Peri.

Rosas callaba. Pero vio el aire despreciativo de los otros tres.

Ellos no podían ver lo que pasaba en su espíritu conturbado. Por fin se resolvió,

alegre de poder conciliar su conciencia y su instinto, que no quería aparecer como cobarde frente a sus compañeros más débiles y gritó:

- ¡Ya está!

- ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?...

- Yo lo voy a pelear; pero yo solo, ¡solo!

- ¿Y por qué vos solo?

- ¡Porque sí!

- El nos denunció a todos. Todos le tenemos que dar la paliza.

- No. ¡Es feo cuatro contra uno! Yo solo. Vayan a decirle que luego, a la salida, me espere.

Los tres salieron a la disparada, con el desafío en las bocas palpitantes y en las pupilas abiertas.

Y se lo metieron al otro, por los oídos, por los ojos, por la boca, a gritos:

- ¡Rosas te pelea!

- Que lo esperes luego en la cortada.

- ¡Va a ver lo que es bueno!...

Portela aceptó con énfasis:

- Sí, díganle que sí, cuando quiera. Ahora mismo, si quiere.

- No, luego.

- En la cortada.

- A la salida de clase.

* * *

A la salida, todos se fueron detrás de los desafiados, a la cortada: una callejuela por la que casi no pasaba nadie y a la que daban los fondos de un convento y de una fábrica. Era el sitio obligado para los partidos de fútbol y para las peleas.

¡Ya estaban allí!

Portela y Rosas se quitaron las gorras, éste se abrochó el saco. Aquel se lo quitó; arremangándose los puños de la camisa, tiró una bravata, antes de comenzar:

- Ajustate la nariz, che, no se te vaya a caer del primer trompazo, la tenés muy grande.

Rosas rechinó los dientes y apretó más todavía los puños.

Los otros los rodearon, ansiosos unos, temblando de emoción, con los animalitos ancestrales salido a los ojos, que se abrían mucho, temerosos de

perder el menor detalle. Los más, felices de contemplar el espectáculo, el más deseado: ver como se iban a pegar los dos muchachos más grandes y más fuertes de la clase.

- ¿Vamos? – preguntó Portela, burlón, simulando una serenidad que su lividez desmentía.

Rosas no respondió nada; pero se hizo una tromba de puñetazos. El otro respondió corajudamente. Los cuatro puños danzaban dándose contra las caras y los cuerpos, como si fuesen cuatro pájaros ciegos,

golpeándose por querer salir a volar.

Los demás chicos gritaban, azuzándoles. La mayoría a Rosas, alguien también a Portela. El combate era equilibrado. Los dos se pegaban

adelantando o retrocediendo, abrazándose o deshaciéndose, sin hablar.

Eran los otros quienes gritaban:

- ¡Dale, Rosas!
- ¡Dale, Portela!
- ¡Ya lo tenés!
- ¡Metete!
- ¡En la jeta!
- ¡Así, lindo!

En una separada, se adelantó Fernández y, cantando, jubiloso señalaba a Portela:

- ¡La chicha, te sacó la chicha!

Portela se demudó. Rápidamente, pasó el revés de una mano por la nariz. Miró: ¡sangre!

Peri empujó a Rosas, que se había detenido.- ¡Ya se la estás dando! ¡No lo dejés!

Rosas volvió a atropellar envalentonado. Portela sólo se defendía.

Evidentemente, el hecho de estar perdiendo sangre, preocupábale, lo impresionaba, le quitaba bríos.

El otro, aprovechando la situación, atacaba sin descanso, siempre a la nariz. Otro puñetazo aumentó la hemorragia.

- ¡Ya se la das, ya se la das! – gritaban Fernández y Pieri.

A rosas, esos gritos lo enardecían. El otro, que ya no tenía quien lo animase, perdía terreno y valor.

- ¡La cana! – gritó uno - ¡La cana, la cana! – corearon otras voces alarmadas.

Todos miraron. Llegaba un vigilante corriendo, atraído por el griterío. Dispararon todos hacia el lado opuesto.

Y en la esquina se desbandaron.

* * *

Rosas corrió un trecho, allí se paró a preguntar:

- ¿Y mi gorra?
- Aquí está – le dijo Rando, alcanzándosela.

Se detuvieron a comentar la pelea. Había ocho muchachos. Todos estaban de acuerdo: Rosas ganaba, si no llegaba el vigilante. El otro ya no podía

más. La visión de la sangre, sobretodo, los obsesionaba.

- Perdía mucha sangre – aseguró uno, con aire trágico.
- Miren – mostró Rosas -, miren cómo tengo las manos.
- ¡Y la camisa!
- ¡Y el pantalón! ¡Hasta en el pantalón tenés sangre!
- ¡Oh!
- Yo le daba en la nariz, nada más.

Por último se despidieron. Rosas y Rando se fueron juntos. La excitación hizo que aquél se confidenciara:

- Te voy a decir una cosa: no me he mudado.
- ¿No? ¡Qué lindo! – exclamó el otro, y se le prendió de un brazo, apretándose a él.
- Ayer te mentí. Tenía vergüenza de ir con vos. Yo también los denuncié.
- ¿Vos?
- A vos, no. A los otros. ¿Qué querés? Si no, me quedaba una semana en penitencia. ¡Y papá me hubiese roto a palos! ¡Supieses lo bruto que es!
- ¡Y cómo pega sin ver dónde pega! Yo los denuncié para no quedarme, no por miedo de quedarme, sino por miedo a papá...
- ¡Qué diferencia con el mío! Ayer le conté lo que había pasado y que yo no quise denunciar...
- ¿Y qué te dijo?
- Nada. No me dijo nada. Me dio un beso en la frente, nada más; pero se le veía en los ojos que estaba contento.
- ¡Qué diferencia con el mío! ¡Ah, pero a vos no te denuncié!
- ¿Cómo querías que le pegase con ustedes a Portela, si yo también los había denunciado? ¡Así es otra cosa!... ¡Uno contra uno es otra cosa!
- ¿Entonces no te mudaste? ¿Vamos a salir juntos como antes, para el mismo lado?
- Sí.
- ¡Qué lindo, qué lindo!

EL HUEVO EN LA SOPA

Quien estudia las miserias de los niños, y estudiándolas no las suaviza, es indigno de llamarse hombre.

DICKENS

Al volver del colegio, donde cursaba el segundo año, Damián Balbi preparaba el puchero de la noche para cuando el padre volviese del trabajo.

Desde los nueve años cocinaba para su padre. Ya hacía cinco años que Damián pelaba papas y rebanaba repollo, antes de hundirse en los libros a estudiar sus lecciones.

Vivía solo con el padre, un hombre alto y rubio, manso y serio, por quien sentía algo que era más que cariño. Madre no conoció nunca. Damián se

crió junto a aquel hombre tan serio y tan callado, y se acostumbró a ser callado y serio él también. Tenía catorce años y reflexionaba como

un hombre que reflexiona. Su padre, capataz de albañiles, se levantaba muy temprano y salía. No regresaba hasta la noche, hambriento y cansado.

Hablaba poco, siempre algo referente a los estudios de Damián, que constituían la obsesión, la alegría y el orgullo del padre; después se acostaba.

El muchacho era el primero en levantarse, para preparar el café con leche. Hasta que él tuvo nueve años, el desayuno y la comida los preparó el

padre. Una noche, cuando éste regresó del trabajo, hallase con el puchero en el fuego y el niño espumándolo, con toda gravedad. Damián, como

excusándose, dijo:

- Hice el puchero, papá. Te lo voy a hacer todos los días. Así cuando vos llegás, te ponés a comer... ¿Cómo venís tan cansado!

El hombre se conmovió. Puso una manaza en la cabecita rubia de su hijo y le pronosticó:

- ¡Vos vas a ser algo en la vida!

- ¿Yo, papá?

- Sí

- ¿Por qué?

- ¿Por qué? No sé por qué lo digo; pero me parece, me parece que vos no sos un chico igual que todos. Por eso quiero que estudies... Yo, cuando

tenía quince años, soñaba con ser un Leonardo de Vinci.

Después me tuve que conformar con ser albañil. ¿Pero quién me dice que vos no llegues a

ser lo que yo no pude ser?...

* * *

Esa tarde, al regresar del colegio, Damián halló a su padre en el cuarto. Dormía. Lo acompañaba un albañil. Este le explicó:

- Se sintió mal, grandes dolores en la espalda y en el pecho.

Hubo que llamar a la Asistencia Pública... Ahora se ha dormido.

Damián quedó azorado. Le parecía imposible que su padre pudiera enfermar. Despertó quejándose desgarradoramente y el muchacho fue a buscar a

un médico. Este ordenó que se le trasladase a un hospital, era preciso operarlo; habló de una úlcera en el estómago, de cálculos al hígado. Lo

operaron a la mañana siguiente. Murió antes del mediodía.

Damián se encontró como si le hubieran arrancado los dos brazos y las dos piernas. Se desangraba en un dolor sin llantos, viril, terrible. Su tío José,

hermano menor del padre, albañil también, un hombre grandote y manso como él, se ocupó de todo. Al volver del cementerio, hablaron:

- Bueno, Damián, ahora te venís a vivir conmigo. Mi mujer será como una madre para vos. Mi muchachito será tu hermano. Yo te haré de padre.

Quiero que sigas estudiando...

- ¿Y no sería mejor que yo trabajase?...

- ¡No! – gritó el hombro, y dio una patada en el suelo.

- Usted es muy pobre – arguyó Damián -. Sólo tiene su jornal de albañil.

- Algo tengo ahorrado, poco, no alcanza a trescientos pesos. De ahí iremos sacando para pagar matrículas y libros. Después, cuando entres en la

Facultad, ¡después veremos! Tu padre hizo mucho por mí, yo tengo que pagárselo en alguna forma. ¡No se hable más! ¡Vamos a casa!

La tía era una mujer flaca, muy nerviosa. El primo tenía doce años, un chiquillo enfermizo y descolorido que recibió alborozado la llegada de aquel

muchachote serio, en el que presentía un apoyo. Solemnemente, el tío presentó a Damián, como si fuese la primera vez que lo vieran:

- Corina, aquí tenés otro hijo. Nuestro hijo mayor -. Y empujó a Damián, demasiado conmovido, no vio nada en ella. El hombre,

pleno de su simplicidad candorosa, tampoco. Sixto sentía un júbilo intenso: le regalaban aquel hermanote alto, fuerte; y el chiquillo arrimábase a él, riéndole, apoyando en él su timidez de niño débil.

Por la noche, Damián oyó una conversación que no esperaba oír. La única pieza les servía de comedor y dormitorio. La dividieron en dos por medio

de una cortina. La parte más pequeña para dormitorio de los chicos; la otra, más grande, para el de los tíos y comedor. Los muebles eran lo

bastante escasos para permitir estas proezas. Damián, boca arriba, con los ojos hundidos en la oscuridad, se había quedado pensando en el padre.

Del otro lado de la cortina, la mujer cuchicheaba. Oyó:

- Damián, ¿te has dormido?

Sin saber porqué, quizás para que no lo interrumpiera en sus queridas reflexiones, no respondió.

Y ella, creyéndole dormido, habló en voz más alta. Reprochábale al hombre que hubiese traído otra boca al hogar.

- Es el hijo de mi hermano – respondió él.

- Pero todo lo que le des al hijo de tu hermano – insistía la mujer – se lo quitás a tu propio hijo. ¿Por qué te has empeñado en que estudie?

- Porque mi hermano lo quería.

- ¡Tu hermano! – exclamó ella, coléricamente -. Tu hermano podía hacer sacrificios por él. ¡Era su hijo! Vos no sos más que el tío., y vos tenés un

hijo. Vos no tenés obligaciones con tu sobrino, sino con tu hijo.

¡Si él estudia, tu hijo tendrá que ser albañil como vos!

- Damián es muy inteligente – dijo el hombre, como necesitando argumentos que le dieran la razón -. Nuestro Sixto, en cambio, es torpe. ¡No le

entran las letras, tiene el mate duro! Ya lo ves, hace cinco años que va al colegio, y todavía está en segundo grado. Aunque lo quisiéramos hacer

estudiar, no podríamos. Es un cabeza dura. ¡Sale a mí! ¡Damián sale a su padre! ¡Era muy inteligente! El pobre quería estudiar.

Ya había

comenzado, cuando murieron nuestros padres. El quedó de padre mío y de dos hermanas. Tuvo que tirar los libros y ponerse a trabajar. Se vino a

América, se sacrificó por nosotros. Como él no pudo estudiar,

quiso que yo estudiara. ¡Fue inútil! A mi no me entraban las letras. Me pasaba lo que a Sixto. ¡Somos dos cabezas duras! ¡Qué vamos a hacer! Es una desgracia. Se nace con la cabeza dura, como se nace rengo o jorobado. Querer que una cabeza dura como Sixto sea ingeniero o doctor, es como querer que un jorobado o un rengo sean luchadores. ¿No es así? La mujer refunfuñó algo incomprensible para Damián. El tío prosiguió:

- Mi hermano quería que su hijo fuese arquitecto. ¡Yo tengo que pagarle en alguna forma a mi hermano, que se sacrificó por mí! Yo trabajaré para que su hijo estudie, para que sea arquitecto, como él quería. ¿No te parece justo? ¡A mí me parece razonable! Si yo le debiera algo al almacenero, vos serías la primera que hallarías justo y razonable que se lo pagara. ¿No es así? ¡Sí! ¿Pues, yo le debo algo a mi hermano: se lo pago, pues!

- Pero tu hermano está muerto... - arguyó aun la mujer, no convencida.

- ¡Está muerto! ¡Bonita razón para no pagar las deudas! Si el almacenero se muriese, yo le pagaría a la viuda. ¿Mi hermano murió? ¡Yo le pago al hijo!

- Sí, pero sacándole al tuyo – insistió ella -. Vas a gastar en los estudios de tu sobrino los ahorros que necesitarás para tu hijo. El hombre se encolerizó:

- ¡Es inútil, es inútil! – gritó - ¡Vos no vas a entender nunca estas cosas! ¡Y no porque seas cabeza dura! ¡Vos tenés duro el corazón! Estas cosas no se entienden con la cabeza... ¡Basta!

Y apagó la luz para dormirse. Ella seguía refunfuñando, sin que Damián pudiese oír lo que decía. Tardó mucho en poder tranquilizarse. Las reflexiones hervían en su imaginación, hasta pensó levantarse y decirle al tío que lo llevara al trabajo, que él no estudiaba más. Se contuvo.

Por fin se durmió. A la mañana siguiente, tomando el café, Damián dijo:

- Anoche soñé con papá.

- ¿Sí? ¿Qué soñaste? – preguntó el tío.

- Soñé que me decía: Damián, dejá los estudios. Vos debés trabajar... Así, tío, que he pensado...

- ¿Qué? – preguntó el hombre -. ¿Qué has pensado?

- He pensado que debo dejar de estudiar...

- ¡Nunca! – gritó él, y dio un puñetazo en la mesa -. ¡Nunca! – volvió a gritar y a dar otro puñetazo más fuerte.

Damián aún tuvo ánimo de decir:

- Ya ve, el mismo papá me lo dice...

- Te lo dice en sueños. Eso significa que debés seguir estudiando. Los sueños siempre se interpretan al revés. Si soñás con entierros, vivirás

muchos años. Si soñás con ratones, ganarás mucha plata. ¿No es así, Corina? – preguntó a la mujer, buscando su apoyo. No lo halló. Esta dijo:

- No siempre es así...

- ¡No importa! – gritó él - ¡No importa! Vos debés seguir estudiando... ¡Y basta!

Se puso de pie y, sorbiendo el café apresuradamente, salió para el trabajo.

La actitud del chico no consiguió disminuir el rencor de la mujer. Había comenzado ella una guerra sorda, de mezquindades, en la que desahogaba,

como por gotas, el odio que la poseía. Damián no se daba por enterado. Ya, mientras él estudiaba en un rincón de la pieza, la mujer, planchaba

cantando; Damián se cubría con ambas manos las orejas, y procuraba no oír. Ya por la noche, una vez acostados, llegaba ella en puntillas, le

sacaba la frazada y la extendía sobre su hijo; Damián se quedaba quieto, como si durmiese. Ya en la mesa, al servir, ponía en su plato la carne

más dura; Damián tenía demasiada hambre; con masticar más fuerte...¿Para qué hablar? El tío no veía nada. Como el padre, siempre le hablaba de

sus estudios y, dichoso, oía contar algo de historia o le preguntaba cómo se decía esto o aquello en francés.

Durante el almuerzo, cuando el hombre se hallaba en el trabajo, ella ponía los dos platos de sopa, uno para cada muchacho; pero en el hijo echaba una yema de huevo.

La primera vez que lo hizo se encontró con la mirada seria de Damián. Se turbó. Necesitó explicarse:

- El está débil. El necesita más que vos.

Damián comprendió la bajeza de aquella alma. La vio en sus ojos pequeños, relampagueantes, gozosos y temerosos a la vez.

Sintió que un sollozo

le subía a la garganta y se la apretaba. El había llegado allí necesitado de amor, ¿por qué esta mujer le hacía una guerra así? Se encogió de

hombros, hundiose la cuchara llena y, con la sopa, se tragó el sollozo. Entonces pudo decir, mintiendo:

- ¡A mí no me gusta el huevo en la sopa!

* * *

Los dos niños se amaban. Esto desesperaba a la mujer. Quería separarlos. Hubiese encontrado en su enemistad un pretexto para combatir a

Damián; pero el pequeñito, enclenque, se sentía feliz junto al otro, tan grande. Más que todas las sinrazones de la mujer, que no dejaba de hablarle

en contra de Damián, podían en Sixto los actos del otro, que le enseñaba las lecciones y lo iba a buscar a la salida de clase, cuando alguno lo

había amenazado. Aquel muchacho alto y serio, de cabello rubio y ojos celestes, que cerraba el puño, y su puño era grande como el de un hombre

y qué, como un hombre, calzaba cuarenta, infundía respeto al chiquillo. Y además, este gigantón fuerte, capaz de levantarlo a él y llevarlo una

cuadra sin fatigarse, era su primo, vivía en su pieza y se le había ofrecido para defenderlo. El chiquillo no podía oír las sinrazones de la madre, que,

en vano, intentaba introducir el rencor de su corazón en el del hijo. Ella lo aleccionaba, a solas. Era inútil. Sixto gozaba contando después a Damián

todo lo que la madre le había dicho. Al confidenciarse, sentía la satisfacción de pagarle en alguna forma sus inapreciables servicios de muchacho

fuerte.

- Damián, hoy mamá, otra vez, me estuvo hablando mal de vos.

- ¿Sí? ¿Qué te dijo?

- Me dijo que por tu culpa yo iba a ser albañil, que papá se estaba gastando todos los ahorros en tus estudios, que yo no debía quererte, que vos

eras mi enemigo... ¡No, mamá, le dije yo, Damián no es mi enemigo! El me defiende, me enseña las lecciones, me lleva al río, me acompaña al cine...

Yo no le hago caso a mamá. Ella qué sabe, ¿verdad?

- No sé qué decirte. Vos dirás. Si vos crees que yo soy tu enemigo, no te juntes más...

- ¡No, Damián!, yo creo que sos mi amigo! – y el chiquilín se acercó a él, mirándolo de abajo a arriba como si mirase una torre.

Damián le puso una mano protectora sobre el hombro y lo atrajo hacia sí:

- ¡Vos sos mi hermanito! Tu papá y el mío se querían mucho, nosotros también nos tenemos que querer.

- ¡Sí, Damián! Qué importa lo que mamá diga! Todo lo que mamá diga yo te lo repetiré, así ves que no le hago caso. ¡Qué mala es mamá!

- Yo no sé si tu madre es mala; pero es tu madre.

Los niños se unieron más. La mujer sentía aumentar el odio en su corazón. Antes, ella colaboraba eficazmente para economizar.

Ahora, desde que

los ahorros del marido estaban amenazados por los estudios de Damián, no se preocupaba. Y charloteaba con los vecinos, comentando:

- No he de privarme yo de lo que necesite para que el señor sobrino estudie.

Su guerra era oblicua. Nunca se atrevió a enfrentarse con aquel muchacho que parecía un hombre, no sólo por la estatura. Cierta vez lo hizo.

Porque había regresado tarde para almorzar, comenzó gruñendo y acabó gritándolo. Damián no respondió. Se conformó con mirarla muy serio. Y en

su mirada había tal reproche, que ella se sintió vencida. No se defendió. El, como hubiese hecho otro niño, no se justificó. Y esto la extrañó tanto a

ella, que arrepintiese de su ataque. El comía en silencio la comida fría. Ella remendaba medias, temerosa, dijo:

- A ver si luego vas a contarle a José que no te calenté la sopa...

- ¿Yo? – respondió el muchacho -. ¿Yo? ¡Usted a mí no me conoce!

Lo afirmó con tal seguridad, que la mujer, a hurtadillas, lo miraba de vez en cuando, sorprendida. No se explicaba a aquel casi hombre que ahora

hablaba de griegos y romanos y cinco minutos más tarde saltaba en un pie, jugando a la rayuela en el patio.

Tres días duró la impresión. Por tres días se comportó

maternalmente con él. Hasta le echó un huevo en la sopa, igual

que a su hijo. Damián gustó el cambio. No dijo nada, aunque se alegraba, porque a pesar de su exterior serio, era afectuoso, necesitaba amar y que lo amasen. Comió la sopa con el huevo, olvidado de que había mentido diciendo que no le gustaba. Esta demostración de cariño lo conmovía. Pero la tregua duró poco; la mujer volvió a su guerrilla de pequeñeces, y un almuerzo, por fin, le sirvió la sopa sin huevo. Se explicó, sin embargo: - Hay que hacer economía, por eso no te echo el huevo en la sopa. Y como él está más débil – señaló al hijo. Después de una pausa, agregó, más bajo: – Hay que hacer economía, tus estudios son muy costosos.

* * *

Llegó la tragedia.

Una tarde, al llegar a su casa a la vuelta del colegio, halló un tumulto de gente y vigilantes en la puerta. Varios chiquillos, mujeres, también algún hombre, se apresuraron a contarle la desgracia: José, su tío, se había caído del andamio. Lo acababan de traer, muerto. Damián corrió a la pieza.

La tía daba alaridos. Sixto, al verle, corrió a abrazarse a él. Damián quedó en silencio, contemplando el cuerpo inerte del tío, de espaldas sobre el lecho. Sintió el peso de la fatalidad en sus hombros de niño; pero no se dobló a llorar. Mudo y torvo, limitose a apretar fuerte contra él al

huerfanito que sollozaba. ¡Ahora sí que lo sentía su hermano!

En el velorio, casi a la madrugada, la tía y Damián hablaron.

Estaban solos. Los concurrentes ya se habían ido. Sixto dormía.

Damián no quiso

acostarse. Le parecía que era un deber quedarse toda la noche velando al tío. Ella lloraba entre lamentaciones:

- ¡Ahora sí nos quedamos en la calle! Yo tendré que ir al taller de nuevo, Sixto también... Vos... ¡No sé qué harás vos!...

Damián se le acercó y dijo:

- Sixto debe seguir yendo a la escuela. Yo iré a trabajar. Ya lo hablé al constructor de la obra donde tío trabajaba. Me tomó de peón. Yo aprenderé pronto el oficio. Dentro de un mes seré medio oficial. ¡Estoy seguro! Sixto no debe ir al taller. Usted cobrará el seguro por

accidente de trabajo.

Después veremos...

La tía se irguió y, abrazándose a él, lo besó rabiosamente en ambas mejillas. Habló, gritó más bien:

- ¡Hijo, sos mi hijo, quiero que seas mi hijo!...

- ¿Qué hace, tía? – preguntó Damián, asombrado. La mujer había caído a sus pies y gritaba, de rodillas:

- ¡Perdoname, hijo, perdoname! ¡Yo he sido mala con vos, pero perdoname!

Damián, conmovido hasta el estrangulamiento, sonreía para disimular. Y dijo:

- ¡Levántese, vamos, déjese de macanas, tía! ¡Vamos, quién se acuerda de esas pavaditas! ¡Levántese!

La levantó y la besó en la frente.

Al otro día por la tarde, después del entierro, Damián comenzó a desempeñar sus funciones de peón de albañil. Volvió cansado y hambriento, como

había visto volver a su padre y a su tío.

La mujer puso dos platos de sopa, uno frente a cada muchacho.

Después partió un huevo y lo echó en el plato de Damián. Este lo cambió por el de

Sixto. Y explicó a la tía:

- El está débil. El lo necesita más que yo.

EL CUADERNO MANCHADO

Observad al niño de cerca, seguid cada uno de sus movimientos; ellos os revelarán una maravillosa potencia de imaginación, que no se encuentra en ninguna edad de la vida. Hay más poesía en el cerebro de estos queridos niños que en veinte poemas épicos.

G. DROZ

- ¿Vamos a mancharle el cuaderno de dibujo a Bertiú?

Aunque Cornile había dicho esta frase como preguntando, su voz apagada, el tono misterioso, eran una insinuación. Buscaba un cómplice.

Valladolid, a quién se había dirigido Cornile, miró a su compañero de banco sin comprender exactamente lo que le

proponía, casi con indiferencia.

- ¿Para qué? – dijo.

A Cornile se le escapó un gesto de cólera.

¿Para qué va a ser? ¡La pregunta de este estúpido! ¡Para que Bertiú no tuviera el mejor cuaderno de la clase! ¿Cómo para qué?

Eso pensaba Cornile, rápidamente, mirando con ira los ojos cándidos de Valladolid, que no comprendía. Este aun preguntó:

- ¿Para qué quieres mancharle el cuaderno a Bertiú?

A Cornile, que no comprendía la inocencia de Valladolid, la cólera le palidecía el rostro, le sacaba brillo de acero a sus pupilas pequeñas y azules,

titilándole de impaciencia bajo un bosque de cabellos rojos y pecas amarillas. ¿Por qué? Pero, ¿a quién se le ocurre hacer esa pregunta? ¿Por qué?

Pues, porque Bertiú tenía el mejor cuaderno de la clase y Cornile deseaba que su cuaderno fuera el mejor.

Pero sólo le dijo a su presunto cómplice:

- ¿Por qué? Porque hoy clasifican los cuadernos. Seguramente Bertiú le pondrán un diez...

Calló. Esperaba que Valladolid comprendiese; pero Valladolid, tan rápido para encontrar la solución de un problema, en eso aparecía singularmente

torpe. No comprendía. ¿No comprendía o no quería comprender? Cornile lo miró con desconfianza. Leyó la más absoluta inocencia en sus ojos. Le

explicó, entonces...

Bertiú pertenece al otro bando...

La clase estaba dividida en dos bandos: Ituzaingó y Suipacha.

Bertiú era de Suipacha. Cornile y Valladolid de Ituzaingó.

- ¿Y porque es de Suipacha le quieres manchar el cuaderno?

- Sí. ¿No ves que con los diez puntos que se va a sacar hoy nos llevan ventaja?

Los ojillos metálicos de Cornille relampagueaban de impaciencia.

Le hubiera pegado a este estúpido de Valladolid, que no comprendía o no quería

comprender, inocente hasta ser idiota. ¿Qué le importaba a él, a Cornile si los de Ituzaingo o los de Suipacha iban adelante? El nunca tomó en serio

la rivalidad en notas de los dos bandos. A él le interesaba él, las notas de él, no las de sus compañeros de bando. ¿Valladolid ya podía guardarse sus

diez puntos en aritmética e igualar a los de Suipacha! A él eso le

importaba muy poco. A él sólo le importaba que su cuaderno fuese inferior al de Bertiú. ¡Y era inferior a pesar de sus esfuerzos! Hasta el mes de mayo, su cuaderno fue el mejor de la clase. Cornile era considerado un artista por sus compañeros. De súbito, la admiración de éstos, unánime, se volcó sobre el cuaderno de un niño recién entrado: Bertiú. Este era un chiquillo juguetón, nerviosísimo, mal estudiante, disipado, incapaz de permanecer diez minutos quieto escuchando al profesor. Uno de los últimos en todas las materias; pero en dibujo, el primero indiscutiblemente. Dibujaba como jugando. Dibujaba en todas partes, en todo momento. Mientras el profesor de gramática leía, él dibujaba. En tanto el de aritmética, secundado por dos o tres alumnos resolvía un complicado problema, él dibujaba. Sus cuadernos y libros se hallaban llenos de dibujos. La cancha de fútbol, las paredes del baño, mostraban las caricaturas de los profesores y compañeros. La clase de dibujo era un juguete para él. Para Cornile, era una cosa seria. Bertiú terminaba su dibujo antes que todos y mejor que todos. Aquel chico no necesitaba que le enseñaran a dibujar. Había nacido sabiéndolo. El profesor no le corregía nunca. Sus admiradores decían que dibujaba mejor que el profesor. Quizás fuese cierto. Su cuaderno de dibujo pasaba de mano en mano, recibiendo elogios. Era el orgullo del colegio. En cuanto llegaba un inspector, era lo primero que se le mostraba, para conquistarlo. Bertiú no se envaneció. Le costaba tan poco el triunfo, dibujaba con tal facilidad, que los elogios lo dejaban indiferente. Detrás de Bertiú estaba Cornile. Su cuaderno era el segundo de la clase. Pero este puesto lo sostenía con trabajo, dedicándose a su cuaderno, empeñándose en corregir, borrar y rehacer, según las indicaciones del profesor, despestañándose sobre los detalles, deslomándose sobre la hoja en blanco... Y a pesar de todo, había veces que otros chicos realizaban algunos modelos mejor que él. Valladolid mismo, que a veces encontraba los

rasgos de algún profesor y sacaba su caricatura cuando ponían una cara de hombre para modelo, superaba a Cornile, no en la exactitud del dibujo, sino en la expresión, más animada, aunque menos fiel.

Al comenzar la clase de dibujo, Cornile, minuciosamente, afilaba la punta de su lápiz, preparaba la goma y aguardaba, pálido, casi emocionado, a

que pusiesen el modelo. Después, lentamente, abstraído en su esfuerzo, sin mirar a nadie, dibujaba, borraba, rehacía. Borraba incansablemente. ¡Y

pensar que Bertiú, sólo por cumplir una apuesta, hizo un dibujo son emplear la goma! Y que fue el mejor de todos, como siempre.

Las primeras clases, Cornile, de vez en vez, echaba un rápido vistazo al dibujo de Bertiú. Ya no lo hacía. Ahora, lo sabía: el dibujo del otro

siempre era superior al de él. ¿Para qué iba a mirar? Ahora simulaba indiferencia. Demostraba a Bertiú la misma indiferencia de éste; pero la de

Bertiú no era indiferencia, sino despreocupación. Para él, Cornile no existía. Poniéndose a dibujar, gozaba tanto que se olvidaba de todo. Era como

un chingolo al que le abren la puerta de la jaula. El dibujaba como el chingolo volaría. ¿Acaso un chingolo, volando, piensa que hay otros pájaros

volando también? ¡El dibujaba! ¿Qué su dibujo era el mejor de todos? ¡Así sería! El no se preocupaba de esto. A él poco le importaba esto. El

dibujaba como si jugase a la pelota, a la que tanto le gustaba jugar. Para Cornile, dibujar era un trabajo.

Cierta vez, un inspector, examinando los dibujos de los dos alumnos, dijo:

- Este niño, Cornile, es fiel, minucioso, pulido. Es un trabajador del dibujo. Este otro, Bertiú, es un inspirado...

Los niños no comprendían las palabras del inspector y algunos, en el recreo, protestaron contra ellas:

- ¡Si será bárbaro ese inspector, decir que Cornile es superior a Bertiú!

Los demás chicos, no concientes de lo que pasaba en el espíritu herido de Cornile, gozaban enconándole, metiéndole palabras ácidas en la herida

de su amor propio, avivándoselo hasta convertirlo en sangrante envidia.

Nunca faltaba el que, al fin de la clase, parado ante su dibujo, dijera:

- ¡Está bien! ¡Te salió bien! ¡Pero el de Bertiú es mejor! ¿Viste el de Bertiú? ¡Eso es dibujar!

Tampoco faltaba el que le traía el dibujo de Bertiú. Y aun, aquel inocente de Valladolid, al proponerle manchar el cuaderno del odiadísimo, envidiado

rival, exclamaba: ¿Para qué? ¿Por qué?... ¡Le hubiese pegado! Salieron al recreo.

* * *

Y el cuaderno de Bertiú apareció manchado. Al abrir éste su pupitre, dio un grito. Y levantó el cuaderno del que aún goteaba, fresca, la tinta.

Sobre él habían volcado un tintero y, al cerrarlo, las manchas, extendiéndose, parecían raros moluscos negros sobre las bellas líneas de los dibujos.

Bertiú quiso hablar; pero un llanto nervioso, convulsionándolo, se apoderó de él. Lloraba el pequeño artista sobre su obra profanada. Hubo que sacarlo de clase, atenderlo en la dirección.

- ¡Qué canallada! – dijo el profesor, alteradísimo -. ¡Qué canallada!

Y quedó un rato en silencio, paseándose por e aula. Los niños, atónitos, después del tumulto que provocara la vista del cuaderno manchado,

habían quedado silenciosos, casi tristes. Sobre ellos sentían volar un monstruo invisible y asqueroso, nacido en el corazón de uno de ellos. ¿De cuál?...

Valladolid, al ver el cuaderno manchado, miró a Cornile, escrutándolo: Cornile, imperturbable, frío, había quedado en silencio, como los demás, con

los brazos cruzados sobre el pupitre y tan tranquilo, que

Valladolid dudó de que pudiera ser él. Buscó su mirada. No la encontró. Le dio con el codo

y lo miró interrogante, en las pupilas metálicas. No vio nada en ellas: Cornile lo miró indiferente, hizo un vago gesto de ignorancia y volvió a su

postura de antes, silencioso y tranquilo. Valladolid dudó: ¿Sería inocente?

El profesor continuaba paseándose, excitado. Se detuvo, y dijo:

- Vamos a hacer una votación. Aquí están los cinco mejores cuadernos de la clase (y los colocó sobre su pupitre). Cada uno de ustedes va a escribir en un papel cuál le parece el mejor, y firma. Hay que votar por uno de estos cinco: Juárez, Peretti, Bertiú, Cornile y Barreiro...

Los niños comenzaron a entregar sus votos al profesor. Este, sonriendo, los leía. Dio el resultado:

- Veo con satisfacción – dijo – que en ustedes hay espíritu de justicia. Todos han votado por Bertiú. Hay un solo voto a favor de Cornile, pero lo curioso es que está firmado por el mismo Cornile – y preguntó a éste -: ¿por qué votó por usted?

Muy tranquilo, Cornile respondió:

- Porque mi cuaderno me parece el mejor.- ¿Y no le parece que el de Bertiú es superior al suyo?

- El de Bertiú está manchado. ¡Ya no sirve!

- ¿Ya no sirve?... – repitió el profesor, mirándole hasta hundir su mirada en la faz blanca, imperturbable del chico -. ¿Ya no sirve porque está

manchado? Pero así no opina ninguno de sus compañeros. Ya lo ve. Todos han votado por Bertiú.

Cornile se encogió de hombros y dibujó en su boca una muestra despreciativa hacia sus compañeros. El profesor quedó un momento mirándolo. El

niño sostuvo la mirada. Y aquél dijo, muy serio:

-¿Usted es el que manchó el cuaderno de Bertiú!

Cornile no protestó ruidosamente. Sin perturbarse, siempre tranquilo, se limitó a decir:

-¡No!

-¡Usted es el que manchó el cuaderno de Bertiú! – volvió a afirmar el profesor, más fuerte, con voz alterada por la cólera -. Usted es un vanidoso.

Y sólo el vanidoso, el que tiene un exagerado concepto de sí mismo, es capaz de la envidia. ¡Usted envidia a Bertiú!

- ¡No!

- ¡Usted envidia a Bertiú! No es un descubrimiento que hago ahora. Hace mucho que lo he observado. Usted lo envidia desde el primer día, desde que vio su primer dibujo.

- No.

- Puede negarlo. Es inútil. No sólo yo; todos sus compañeros lo saben.

- ¡Sí, sí, le tiene envidia porque dibuja mejor que él! – saltó un chiquillo desde el fondo de la clase, indignado.

El profesor lo hizo callar.

- ¡Silencio! Todos sus compañeros ven su envidia. Usted es el único que no la ve, pero la siente, la sufre. ¡Usted, sólo usted puede haber

manchado el cuaderno de Bertiú!

- ¡Pruébemelo! – dijo Cornile, desafiante.

- ¿Y qué más prueba que esta votación? Todos sus compañeros han votado por Bertiú, a pesar de que su cuaderno esté manchado. Usted es el

único que se acordó de esto y no votó por él, para votar por usted. ¿Qué más pruebas? Usted creyó inutilizar el cuaderno de Bertiú volcándole un

tintero. Creyó descartar al adversario. Ya ve que no ha sido así.

Todos sus compañeros, votando por él, se lo dicen. ¡Se equivocó! Ha cometido un

crimen inútil, porque la superioridad de Bertiú está en la conciencia de todos... Confiese que ha sido usted. No lo

castigaré. Redímase de su culpa

siendo valiente. ¿Ha sido usted?

- No.

El profesor hizo un gesto de impaciencia. Se dominó:

- Veo que usted es más culpable de lo que parecía, se le ofrece la oportunidad de redimirse y no la acepta por cobardía... - y se dirigió a todos -: A

ver, los que crean que Cornile es quien manchó el cuaderno, pónganse de pie.

Todos se pararon, excepto uno: Valladolid.

El profesor lo interrogó:

- Usted, Valladolid, ¿no cree que Cornile sea culpable?

- No, señor.

- ¿Por qué?

- ¿Por qué?... No sé por qué... Porque si él fuese quien manchó el cuaderno lo diría... Creo yo...

- ¿Usted lo diría?

- ¡Yo, sí! – afirmó con vehemencia.

El profesor, que estaba próximo a él, cariñosamente, le pasó la mano y le palmeó la mejilla.

- Mal juez sería usted, mi amigo – le dijo -. Usted tiene el alma blanca y como todo lo ve al través de su alma, todo lo ve blanco... ¡Bien!

Terminemos. A pesar de su cuaderno manchado, Bertiú tendrá

diez puntos. ¡Dibujen!...

Ya en la calle, Valladolid, que acababa de dejar a su compañero de ruta en la puerta de su casa, iba solo. Oyó correr detrás de él y sintió una

mano que lo detenía: era Cornile.

- ¿Vos acá? ¡No vivís para el otro lado?

- Sí.

- ¿Y por qué?

Cornile lo interrumpió:

- Te seguí para hablarte... Te quería preguntar... ¿Vos creés que yo no manché el cuaderno?...

- ¡Estoy seguro que fuiste vos! ¡Qué casualidad hubiese sido! Me lo acababas de proponer...

- ¡Sí, fui yo!... ¡Supongo que no vas a ir con el cuento!

- ¡Eh! ¿Por quién me has tomado, che?

- ¡Ya se, ya se que no vas a contar nada!... Decía no más... Y por qué dijiste que no creías que fuese yo?

- De lástima. No se por qué, pero me diste lástima. El profesor te decía vanidoso, envidioso, cobarde. ¿Por qué no dijiste la verdad?

- ¿Vos la hubieras dicho?

- Si.

- Lo decís ahora, acá, porque vos no manchaste el cuaderno; pero si hubieras sido vos... ¡No hubieses dicho nada, nada, nada!...

Y de improviso rompió a llorar, ahogándose, desesperado, mordiéndose los puños, pateando el suelo...

Valladolid lo miraba estupefacto.

EL AMIGO

Donde el niño no ve nada, se lo imagina todo.

COMPAYRE

Hasta el día antes se había llamado Bock. Ahora era un perro de la calle, un mísero, sucio, golpeado perro de la calle. La transformación había sido demasiado rápida para que el perro pudiese hallar la causa.

Hasta un día antes había vivido regalado, jugando con los niños, comiendo abundantemente sin que le faltasen ricos huesos. Una mañana, el quintero lo subió a su carricoche. Todavía no estaban despiertos los niños. Viajó varias horas. Ya en las calles del pueblo próximo, el quintero – nunca había querido a este hombre, siempre había presentido en él a un enemigo – lo tiró del carro, y siguió viaje. Bock quiso seguirle; pero el hombre le dio un fuerte latigazo. Se detuvo. Por causa del golpe le dolía una pata. Tirose sobre la acera. ¿Adónde ir?...

Pasó un niño con una señora. El los siguió, rengueando. Dijo el niño:

- Mamá, mirá ese perrito. ¿Lo llevamos a casa? Mirá como nos sigue.

- No. Mirá la llaga que tiene en la cabeza. Ha de estar... ¡Fuera! – Y lo echó, viendo que el perrito había sentido la simpatía del niño, y más resueltamente los seguía -. ¡Fuera!

Bock se detuvo. Volvió a echarse sobre la acera. Le molestaba la pata. También esa llaga en la cabeza que desde unos días antes le picaba y a la que agrandaba rascándose.

Comenzaron a abrirse las puertas. El perro se guareció en un zaguán. Pero un hombre que salió lo echó a puntapiés. Más asombrado que dolorido, el perro, en tres patas, salió calle arriba, disparando. Pensaba:

¿Por qué le ocurriría esto? Hasta entonces había pasado una vida dichosa, en aquella quinta, correteando junto a los niños que le llamaban Bock.

De pronto, la llaga en la cabeza, el quintero que lo dejaba allí, en medio de la calle de un pueblo desconocido, la mujer que lo echaba, este hombre que le pegaba... ¿Por qué le ocurría esto?

La carrera había despertado su hambre. Siguió andando, lentamente. Vio una carnicería. Entró. Parado ante un hombre de delantal blanco, empezó a menear la cola, como hacía ante la cocinera. El hombre no reparó en él. Entonces, el perro, lo mismo que hacía ante la cocinera, pidiendo, exigiendo comida, empezó a ladrar. Por toda respuesta, el hombre del delantal blanco le dio un fuerte puntapié y, todavía, cuando él ya disparaba, le tiró un pesado cuchillo que le pegó en la pata enferma. Aullando de miedo y de dolor, el perro salió a la calle. Corría sin saber porqué, aturdido y espantado. Hacia él venía otro hombre; el perro se le apartó y siguió corriendo en tres patas. Acababa de cobrar un pavor tremendo a los hombres. Para él, éstos habían cambiado de pronto. Hasta el día antes, los creyera seres bondadosos, cuyas manos sólo sabían acariciar,

cuya voz sólo sabía decir palabras dulces:” Pichicho”... “Bock”... ¿Por qué se habían transformado así los hombres? Siguió corriendo... corría sin saber por qué. Acababa de cobrar un miedo inexplicable a los hombres. Le parecía que todos estaban dispuestos para golpearlo, que lo perseguían. En su alma de bruto acobardado, los hombres se agigantaban, adquirirían proporciones de monstruos.

Fatigado, babeante de sed, siguió corriendo, ahora más aún. Acababa de oír gritos y un pelotón de gente trotando detrás de él. Intuyó el peligro.

La desgracia y el dolor de los golpes acababan de sacar en él a la bestia salvaje, inteligente y ligera de concepción que su vida fácil había adormecido. Intuyó que lo perseguían, y corrió más. Corrió desesperadamente. Así era: a su paso, una mujer gritó: ¡un perro rabioso! Enseguida tuvo diez hombres y veinte muchachos detrás de él, armados de cuchillos y garrotes, gritando: ¡Un perro rabioso!...

No entendía él, sólo presentía que ese griterío era de amenaza. ¿Pero por qué habían cambiado así los hombres? Hasta ayer, en la quinta, tan buenos y cariñosos; hoy, aquí, agresivos, voces de cólera, puntapiés... Sonó un tiro. El perro nunca había oído eso. Mas la memoria ancestral habló en él, gritó en él, potente y viva. Y comprendió qué era aquello: ¡la muerte!

El bruto se estremeció. La muerte acababa de pasar junto a su oreja derecha, silbando. En ese momento él no era ya el perrillo faldero del día anterior. El peligro de la muerte acababa de sacarle a flor de ojos, a punta de colmillo, la fiera que fueron sus antepasados remotísimos. Y éstos le hablaban ahora al alma atemorizada. Ya no sentía asombro por el cambio que pudieran haber experimentado los hombres. Si los hombres no habían cambiado nada, nada absolutamente. Si fueron siempre así: feroces, brutales, astutos, implacables, temibles, poderosos. El lo había olvidado, nada más. Ahora, aquello que pasó silbando junto a él, acababa de recordárselo, nítidamente. Y en tanto corría desesperado, poniendo en sus tres patas sanas todo el terror secular que acababa de despertarse en él por los hombres todopoderosos que mataban fuera del alcance de los colmillos. Los veía como eran: peludos, altos, vigorosos, ágiles; las manos armadas de dientes y garras brillantes y más fuertes que las del tigre...

Sonó otro tiro. Siguió corriendo. No paró hasta verse fuera de las casas, en el campo. Ya no oía más el griterío. Aunque nuevo, recién despertado, su instinto de bestia perseguida no lo

engañaba. Comprendió que se había librado de sus perseguidores. Y se detuvo. Se hallaba solo en medio del campo. No se veía a nadie. No se oía nada. Sí, allá lejos, un murmullo... El perro enderezó su oreja hacia él, poniéndose todo en el oído. El murmullo se avivó. No eran voces de hombres, se dirigió hacia él. Ahora, ya sin el peligro acosándolo, comenzó a sentir el dolor en la pata, un dolor agudo, torturante. ¡Y sed! Una sed que lo quemaba, imperiosa... En tres patas, fatigosamente, el perro siguió andando hacia el murmullo que lo atraía, sin saber por qué lo atraía. El necesitaba beber, y su alma de bruta en la que acababa de despertar, súbitamente, la memoria salvaje, le decía que aquel era el murmullo del agua fresca y rica, el agua buena, deslizándose bajo los árboles, en el bosque. ¿Pero, dónde había visto esa agua y ese bosque, él, perro nacido y criado en una quinta y, hasta esa mañana, sin salir de ella? El perro no lo sabía, pero lo recordaba, como recordaba que los hombres eran peludos, altos, ágiles, vigorosos; las manos armadas de dientes y garras brillantes y más fuertes que las del tigre. Recordándoles, el perro se estremeció de espanto. Siguió su marcha penosa en busca del agua que se le ofrecía en aquel murmullo cada vez más claro. Ahora andaba sobre un camino, andaba lentamente, pero avizor: todo él puesto en las pupilas vigilantes. Al doblar el camino, se detuvo. Dio un brinco, salió de él, se agazapó entre los altos yuyos que lo orillaban. ¡Había visto un hombre! Este, la azada al hombro, siguió sin verle. El perro no salió de su escondite hasta un buen rato después. El sabía que el hombre era astuto, paciente para la caza, dueño de armas terribles que producen el fuego temido, la muerte odiada, desde muy lejos... Olfateó antes de salir al camino. Entonces volvió a reanudar, fatigosamente, su penosa marcha en tres patas, rumbo al sonido del agua que había de quitarle la sed... Siguió andando, sin confiarse, olfato, vista y oído siempre avizores, atentos a percibir al hombre enemigo. ¡Y vio el agua! El camino ascendía. Desde allí vio el agua. La oyó cantando, pero olfateó, y el viento le trajo sabor a sal, un sabor que desconocía. Siguió andando, camino adelante, buscando como llegar al agua: enorme planicie verde que se extendía hasta perderse de vista, muy lejos: el mar sonoro, bello y maligno; agua áspera que no acaricia amansando la sed como la del río. El instinto del perro comprendió la ineficacia de todo esfuerzo por llegar hasta él. Se tiró en el camino, derrotado, con los ojos puestos en aquella planicie de agua que lo había atraído para engañarlo. Ya comenzaba a dormirse, cuando vio en el

camino a un animal enorme, rugiente, que se aproximaba veloz. El perro irguiese, alerta. Rápidamente, aquello se acercaba hacia él. Se alarmó; pero se tranquilizó pronto. No era un hombre. Y no siendo un hombre, ¿qué podía temer? La bestia se acercaba; él, por prudencia, enderezó hacia la orilla del camino, para dejarlo libre, en todo lo ancho que era. Pero el bruto malo, viró yéndosele encima. El perro pudo dar un salto, a fin de salvarse. Y el automóvil lo alcanzó apenas, aunque tan rudo fue el golpe que lo tiró lejos, aullando. Revolcándose de dolor, pudo oír carcajadas. ¡Eran carcajadas de hombre!

Cuando pudo levantarse, se sintió deshecho y aturdido. La sed seguía quemándole las fauces, apretándole la garganta. Caminó unos pasos. Se detuvo frente al abismo que lo separaba del agua cantora. Se detuvo postrado de fatiga y desesperanza. ¡Y se tiró allí! Todo su esfuerzo lo había puesto en el logro de aquella agua, cuya voz lo atrajera. El dolor parecía atenacearle la pata. Su alma de bruto bravo volvió a adormecerse. Fue de nuevo un débil perro, juguete de niños.

Y quedó allí, tirado, sin fuerzas, postrado por la sed, el dolor y la fatiga, mirando el agua con ojos lagrimeantes. El sol, ya amo del cielo, le quemaba el lomo. Allí abajo, lejos, inmensa hasta perderse de vista, la mar siempre cantando, agua salobre que no hubiese podido librarle de la sed que lo torturaba.

* * *

Allí lo encontraron Paco, Tulo, Manolo y Chicote. Al oírlos, el perro se alarmó. ¿Había oído voces de hombres? Hubiese querido huir... Le faltaron fuerzas para levantarse. Al verlos, se tranquilizó: no eran hombres. Recordó a sus amigos de la quinta, los niños que jugaban con él, que le daban azúcar y le llamaban Bock. Comenzó a menear la cola, cariñosamente. Los chicos se le acercaron. De súbito, Paco, el más grande de todos, abrió las pupilas, dio un paso atrás y, señalándole con dedo tembloroso, gritó con voz enronquecida por el terror:

- ¡El perro rabioso, el perro rabioso!

Tulo y Manolo echaban a correr ya. Chicote, el más chico, se rió de ellos:

- ¡Qué va a ser rabioso, si es perrito manso!

Y se acercó a él, a acariciarle la cabeza.

Paco gritó:

- ¡Te va a morder! ¡Está rabioso!

- ¡Cuidado!

-¡Chicote, vení!

Gritaron los otros, apelotonados en un grupo expectante.

Chicote, sin hacerles caso, acariciaba al perrito, que ahora le lamía las manos. El niño no lo había reconocido. El perro, sí. ¡Este era el mismo chico que, paseando con la madre, lo había llamado!

El animal intuía un amigo en él. Sentía simpatía hacia él, y se la demostraba en la inquietud de la cola, agitándose alegremente. Los otros se acercaron. Paco aún dijo:

- Es el perro que corrimos esta mañana.

- ¡Sí, pero no está rabioso! – Respondió Chicote -, Está herido. Mirá, tiene sangre.

Ya sin ningún recelo, los otros se acercaron. Quisieron ponerlo de pie. Fue inútil. El perro, extenuado y herido, se caía.

- ¿Qué hacemos? – preguntó Paco.

- Vamos a traerle agua y carne – propuso Chicote.

- ¡No! El pueblo está muy lejos...

- Hay que caminar mucho... - respondieron Tulo y Manolo.

Paco se animó. Acababa de darle utilidad a aquel pingajo de perro ensangrentado que no podía jugar, corriendo y ladrando tras de ellos, camino adelante.

- ¡Ya se – dijo – vamos a jugar a la Inquisición!

Su faz se había iluminado en tal forma, que los otros dos presintieron una diversión inusitada, nueva. Le preguntaron, hechos dos ascuas de ansiedad:

- ¿Qué es eso?

- ¿Qué juego es?

- ¿No saben? La Inquisición quemaba a los herejes. ¡Quemamos al perro! ¿Quieren?

- ¡Sí!

- ¡Sí!

- Y mientras se quema, nosotros bailamos alrededor. ¿Quieren?

- ¡Sí!

- ¡Sí!

- ¡No!, no quiero, yo no quiero que quemen a mi perro! – Era Chicote, el más chico, el que protestaba.

- ¿Tu perro? – Preguntó Paco - ¿Por qué va a ser tu perro? ¡Si es un perro de la calle! ¡Un perro de todos!...

- ¡Pobrecito! – imploró Chicote.

- ¡Andate! ¡Si vos no querés jugar, andate!

- ¡No, no me voy, no! Yo no quiero que lo quemen. ¡Pobrecito! – imploró casi sollozando, Chicote.

Manolo se burló de él:

- ¡Pobrecito!... ¿Por qué no te ponés a llorar, como una mujercita?

Su burla tuvo más eficacia que la brutalidad de Tulo. Chicote guardó silencio, vencido. Pero resolvió:

- Vamos a traer ramas y papeles. ¡Yo tengo fósforos!

Los tres se desbandaron. Chicote quedó solo con el perro. Y se acercó a él, tembloroso, a acariciarle la cabeza llagada. El perro y el niño se miraron largamente, sellando en aquella mirada una amistad eterna. Chicote lo habló, sin dejar de acariciarlo:

- ¡Pobre Pichicho, te quieren quemar! – dijo, y, puesto de pie, con la resolución heroica encendiéndole el rostro y brillándole las pupilas, se desató el cinturón. Corrió y, tambaleándose por su peso, trajo una gran piedra que ató al cuello de animal.

Después, lentamente, comenzó a empujar a éste hacia el abismo. El perro gemía de dolor. El niño acariciándole, explicaba su acto, se justificaba:

- ¡Es para que no te quemen, pichicho, es para que no te quemen!... ¡Pichicho!...

Ya en el borde del barranco, lo acarició por última vez, le besó la cabeza. El perrito le lamió la mano, también por última vez.

El perro comprendía que el niño era su amigo, que de él no podía esperar nada malo.

Así se despidieron. La fatalidad los separaba...

Chicote empujó al perro. Lo vio desaparecer, tirado por la pesada piedra, y hundirse en el agua del océano, blanco de olas que se despedazaban ruidosamente contra las peñas. Asomado al abismo, quedó mirando sobre sus manos. Y siguió llorando en silencio.

Llegaron sus compañeros cargados de ramas, bulliciosos, alegres por la perspectiva del espectáculo nuevo que se prometían.

Preguntaron:

- ¿Dónde está, dónde está el perro?

Chicote les señaló el mar:

- ¡Se cayó al agua!

Los otros se miraron, disgustados por ver malograda su diversión.

Tulo se burló de él:

- ¿Estás llorando? ¡Mujercita!